ANGEL CAAMAÑO

VENCEDORES Y VENCIDOS

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

SEGUNDA EDICION

4
2
1.241

Copyright, by Angel Caamaño, 1910

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

VENCEDORES Y VENCIDOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[37]

VENCEDORES Y VENCIDOS

COMEDIA

en un acto y en prósa

ORIGINAL DE

ANGEL CAAMAÑO

Estrenada con gran éxito en el COLISEO IMPERIAL la noche del 8 de Marzo de 1910

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 17 DUP.°

Teléfono número 551

1914

A mis amigos del Café Inglés

¿Es llegada la hora de que yo os dedique una obra mía? ¿Sí? Pues aquí la tenéis vivita y coleando.

¿No? Pues á mí se me antoja lo contrario, y, queráis ó no, os la dedico.

No veais en ella más que el afecto de vuestro amigo *chipén*, y vuestro compañero de mus y julepe, más *chipén* todavía.

Angel Caamaño.

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
ASUNCIÓN.....	Sra. Mendizábal.
LUCÍA.....	Srta. Asquerino.
ROSA.....	Muñoz Sampedro
ADOLFO.....	Sr. Soto.
DON FÉLIX.....	Espejo.
EL NINCHI.....	Aguirre.
DON JOSÉ.....	Aguado.
MACARIO.....	Isbert.

La acción en un pueblecillo próximo á Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

A todo foro, jardín de un hotelito veraniego. En derecha, primeros términos, pabellón del hotel con puerta practicable á la que antecede una escalinata con barandal. Ventanas ó balcones recayentes frente al espectador y al centro del escenario. Cerca de la puerta del pabellón algunas mecedoras y una mesita cuadrada sobre la que habrá libros, periódicos y recado de escribir. Próxima á ella, velador con servicio de refresco.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA, ASUNCIÓN y DON JOSÉ; los tres muy enlutados. La primera sentada frente al velador leyendo un libro. La segunda escribiendo. El tercero paseando y leyendo un periódico. Dentro el NINCHI voceando como se vocea en las obras al descargar materiales

NINCHI ¡Deciocho!... ¡Decinueve!... ¡Veinte, y van tres!

ASUN. ¡Jesús, qué pesadez!

NINCHI ¡Uno!

ASUN. Nada. Que no sé ni lo que escribo.

NINCHI ¡Dos!

ASUN. ¡Mándale callar, papá!

JOSÉ No es posible, mujer. Están en su faena.

LUCÍA ¡Claro!

ASUN. (Levantándose.) ¡Ni claro ni espeso!... (Yendo hacia la izquierda.) ¡Eh!

NINCHI ¡Cinco!

ASUN. ¡A ver si puede usted bajar un poquito la voz, que nos molesta usted atrozmente!

LUCÍA (¡Qué genio!)

ASUN. ¿Qué?... ¡Habráse visto!...

JOSÉ ¿Qué pasa?

ASUN. ¿No le has oído la respuesta?

JOSÉ No. ¿Qué te ha dicho?

ASUN. Pues que le quiero estropear la carrera, porque se está ensayando para debutar en el Real.

LUCÍA ¡Qué ocurrencia! (Con sencillez.)

ASUN. Vamos. Le ha hecho gracia á la niña.

NINGHI (Cantando dentro.)

Qué te quieres tú poner,
qué te quieres apostar
á que sigo dando voces
y te tienes que aguantar.
¡Que con el garrotín,
que con el garrotán!

ASUN. ¡Insolente! ¡Mal educado!

LUCÍA ¡No te pongas así, mujer!

ASUN. ¡Quiero y quiero! (Vuelve á escribir.)

JOSÉ (Sentándose junto á Lucía.) ¡Ah, mal genio, cabecita destornillada!

LUCÍA ¡Cuánto has de sufrir por esa manera de ser!

ASUN. Oye, y entérate bien. Que mi padre me riña puedo tolerarlo; pero cuidadito con propasarte tú. ¡Mucho cuidadito!

LUCÍA (Resignada.) Bien, mujer.

ASUN. Seremos como tú, que saludas á esos albañilerotes como si se tratara de personajes.

LUCÍA Soy condescendiente con todo el mundo.

ASUN. Lo que eres tú es lo que no quiero decir.

JOSE Vamos, vamos.

ASUN. Resabios del pueblo donde siempre estuviste y del que no has debido salir jamás.

LUCÍA ¡Pobre de mí! Si te estorbo...

ASUN. Ya te quitaria yo esas malas costumbres.

LUCÍA ¿Pero es censurable el mostrar amabilidad con los que nos rodean?

JOSÉ (Dejando el periódico.) Sí, sobrinita, sí. Tu prima tiene razón. No se debe tratar á todos de igual manera, ni es bueno conceder distinciones sin más ni más.

LUCÍA ¿También tú, tío? (Tristemente.)

JOSÉ También yo, sí.

ASUN. (Tocando un timbre.) ¡Rosa!

JOSÉ Los favores se conceden con su cuenta y razón. Generalmente son desagradecidos los que reciben mercedes, y en la clase que tú tanto distingues, mucho más.

(Asunción hace sonar el timbre repetidamente.)

LUCÍA El que sea ingrato, peor para él. Así he nacido y así moriré.

ASUN. No te canses en convencerla, papá. Esta chiquilla es incompatible con todo el mundo.

LUCÍA Con todo el mundo, no. Mi buena, mi santa madre, tolera gustosa mis impertinencias.

ASUN. Pues junto á esa buena y santa señora has podido permanecer siempre. Maldita la falta que hacías aquí.

LUCÍA Vine porque tu inolvidable madre quiso verme en sus últimos momentos. ¡Ah, mi buena tía!... ¡Que diferencia!

ASUN. Hipocresías no te faltan.

LUCÍA (Levantándose.) ¿Yo hipócrita? ¡Por Dios, Asunción! (Llevándose el pañuelo á los ojos.)

JOSÉ Vaya. A callar las dos.

ASUN. Mira qué prisa se da á venir la doncellita. ¡Claro! Acostumbrada á las tolerancias de esta muñeca... ¡Rosa!

JOSÉ (Levantándose.) Ea. Nada de lloriqueos sin razón ni motivo.

ASUN. ¡Pues no es poco sentida la niña!

LUCÍA ¡Madre mía!... ¡Madre de mi alma!... (Mutis por el pabellón llorando.)

ESCENA II

ASUNCIÓN y DON JOSÉ

JOSÉ Es desesperante esta muchacha.

ASUN. Es verdaderamente insufrible. ¡Que se vaya de una vez y nos deje en paz! Así como así (ya es hora de que yo lo diga), me estorba, me hace sombra.

JOSÉ ¿Sombra á tí?

ASUN. A mi, sí.

JOSÉ ¿Pero en qué te fundas?

ASUN. En detalles que no dejan lugar á duda. ¿Has olvidado á Luis Velázquez, que pidió mi

mano, que todo estaba casi ultimado, y de pronto desapareció para siempre?

JOSÉ ¿Y qué relación tiene Lucía con aquél mequetrefe?

ASUN. Que la vió, la trató y, será casualidad, pero su afecto hacia mí sufrió un cambio total.

JOSÉ Creo que eres injusta.

ASUN. ¿Sí? ¿Y el americano de Biarritz, loco por mí, y en cuanto intimó con esa... mona la del humo? La mujer enamorada rara vez se equivoca. Por eso te digo que si insiste en marchar, vaya bendita de Dios.

ESCENA III

DICHOS y ROSA, por el pabellón

ROSA ¿Qué desean los señores?

ASUN. Vamos, ya es hora.

JOSÉ ¿No has oído llamar repetidas veces?

ROSA No, señorito. Acaba de decirme la señorita Lucía que me necesitaban y por eso vine.

ASUN. Si estuvieras atenta á lo que debes estar...

ROSA Perdone la señorita; pero yo ...

ASUN. Tú, desde que vinieron albañiles, eres otra muy distinta. Y debo participarte que yo lo sé todo. ¿Sabes? ¡Todo! (Recalcando la frase.)

ROSA (Humilde) Señorita...

ASUN. Inmediatamente, esta carta al hotel de don Adolfo.

JOSÉ ¡Ah! ¿Es para Adolfito?

ASUN. Sí. Para que sepa que le aguardamos á almorzar, según lo convenido.

ROSA ¿Espero contestación?

ASUN. No.

(Mutis Rosa por la izquierda.)

ESCENA IV

ASUNCIÓN y DON JOSÉ

JOSÉ Supongo que ese regaño á la muchacha obedecerá á alguna genialidad tuya.

ASUN. ¿Genialidad? (Sacando unas cartas.) Mira. De

Macario Vilches, dirigida á esa mosquita muerta.

JOSÉ (Después de repasar la carta.) ¡Hola! Relaciones formalísimas.

ASUN. Examina esta otra.

JOSÉ (Mirando la firma.) ¡De mi hermana!

ASUN. De la tía, sí. Contestación á lo que sin dar cuenta á nadie le ha escrito tu sobrinita.

JOSÉ (Leyendo.) «Ven por mí cuanto antes. Aquí no estoy bien. Necesito tus consuelos y tus caricias.»

ASUN. ¿Qué te parece?

JOSÉ ¿Pero estas cartas?...

ASUN. Interceptadas por mí, que estoy en todo. ¡Anda! Dispensa protección á una desagradecida que recogimos de niña, y ten predilección por la sobrina más melindrosa.

JOSÉ No está mal, no está mal. ¡Ah! ¡Pues nos veremos las caras!

ESCENA V

DICHOS. EL NINCHI. Es un muchacho joven, casi un niño. Viste de albañil y viene cantando por la derecha por detrás del pabellón

NINCHI (Cantando.)

Que con el garrotín,
que con el garrotán.
¡A la paz de Dios!

JOSE ¿Qué se le ofrece á usted?

NINCHI Que de parte del maestro, que si quié usté dar una vuelta por el tajo pa ver cómo va aquelio.

JOSÉ Bien. Iré en seguida.

ASUN. ¿Usted es el que hace poco descargaba... no sé qué?

NINCHI Ladrillo recocho, señorita. ¿Y usté es la que me mandaba callar?

ASUN. Sí. Y por cierto que me contestó usted con demasiada libertad.

NINCHI Usté perdone, pero mete uno la pata sin querer. ¡Como uno no tié luces!...

JOSÉ Eso no obsta para que se tengan los respetos debidos á una señorita.

NINCHI No. Es que yo no la dije ná malo. Fué una

chirigota de esas que gastamos los de allá abajo. Y no crea usté que no me se ocurrió otra cosa, que sí que me se ocurrió; pero por si acaso...

ASUN. ¿Y cuál fué la ocurrencia? (Desabridamente.)

NINCHI Pues decirla á usté de golpe:—Por usté me quito yo hasta la campanilla, y ¡olé ya el samaracatruqui de la simpatía!

ASUN. ¡Muy bonito! ¡Precioso!

NINCHI Lo que da la edá. Calcule usté. Con deciseis primaveras y dos onzas de queso... ¡risa pa to el año!

JOSÉ Bien. Diga usted á su maestro que iré en seguida.

NINCHI Ni linda palabra más.

ASUN. Y contenga usted en lo posible su alegría, que á mí los requieb.os no me gustan, y menos de determinadas gentes.

NINCHI ¡Anda la diosa! ¡Pues qué más quisieran muchas que servidor las soltara cuatro timos!

JOSÉ Vaya, vaya. Se acabó.

NINCHI Por mí, acabao, y hasta la primera. Bartolomé Cabezas, alias el *Ninchi,* Mira el Río Baja, 34, patio. No hay ascensor. (¡Valiente par de bibelotes pa dos rinconeras!)

¡Que con el garrotín,
que con el garrotán! (Mutis.)

ESCENA VI

ASUNCION, DON JOSÉ

ASUN. ¡Qué gentes más groseras!

JOSÉ Tal educación reciben. Vaya, ¿quieres algo?

ASUN. No tardes, Adolfo acudirá puntual.

JOSÉ ¿Seguís lo mismo?

ASUN. No. Sigue lo mismo él. No he visto hombre más reservado, ó más tímido, ó más tonto.

JOSÉ Creo que es atrevida la calificación, porque, en resumen, aquí no tenemos más que deseos de que se te declare.

ASUN. ¡Papá!... (Como avergonzada.)

JOSÉ Mira; estamos solos, y la franqueza se impone. Adolfo es nuestro vecino hace un par de

meses. Le vimos. Simpatizamos con él. Yo me dije:—¡Qué buen partido para mi Asunción!—Tú te dirías:—¡Guapo chico! ¡Si se me declarara!...—Y nada más. ¿No es esto?

ASUN. Hombre: tanto como eso...

JOSÉ Nada, nada. Las cosas claras. Os habéis encontrado varias veces. Viene por aquí con frecuencia, y sin saber por qué creemos... ¡queremos creer!... que la cosa acabará en una formal y solemne petición de mano. ¿Es ó no así?

ASUN. Vaya. Pues franqueza por franqueza. Adolfo me agrada. Creo que había de ser feliz con él, á pesar de sus timideces y de sus incertidumbres.

JOSÉ Ya se soltará. El trato constante facilita mucho.

ASUN. Pero entre tanto. ¡Qué rabia! ¿Por qué estará mal visto que nos declaremos las mujeres?

JOSÉ ¿Quién sabe si hoy saldremos de dudas? Ese empeño de Adolfo en solicitar un puesto en nuestra mesa para hacer declaraciones importantes...

ASUN, ¿Así dijo? (Levantándose.)

JOSÉ Son sus palabras. *Declaraciones importantes.*

ASUN. ¿Y esperas?...

JOSÉ Nada. No me gusta hacer castillos en el aire.

ASUÑ. A mí tampoco. Y menos teniendo en casa á esa hipocritilla.

JOSÉ ¿Por qué no me acompañas á ver las obras?

ASUN. No. Tengo que prepararlo todo.

JOSÉ Como quieras. ¡Adiós! (Mutis.)

ASUN. (Yendo hacia el pabellón despacio) Adolfo... Adolfo... ¡Si Dios quisiera!... (Mutis.)

ESCENA VII

ROSA. A poco MACARIO

ROSA ¡Ay! ¡Gracias á Dios que siquiera un rato podré verle sin testigos! No. No va á ser posible continuar en esta casa. Les debo muchos favores; pero la situación es insosteni-

ble. (Aparece Macario, albañil, que despues de examinar bien toda la escena, y cerciorarse de que nadie le ve, como hizo Rosa al salir, se aproxima cautelosamente, llega junto á ella y la toma la cintura, sin que Rosa se estremezca siquiera.)

MAC. ¡Bendito sea Dios que nos lo da sin merecerlo!

ROSA No. Eres tú quien se lo toma, lo cual que no es lo mismo. ¡Vamos, suelta, pesado!

MAC. ¡Olé las mujeres serenas! Otra en tu lugar, ¡menudo grito! Como en las comedias. ¡Ay!.. Y tú, como si tal cosa, ¡morucha!

ROSA ¡Toma! Porque me he figurado de dónde venía el tiro. ¡Mira éste!

MAC. Y que como manos blancas no ofenden...

ROSA ¡Pero manchan! Acuérdate del viernes pasado, que me pillaste de negro, y se me quedaron señaladas las dos manazas.

MAC. Es que cerré á blancas.

ROSA Pero yo me ví negra para disculparme con la señorita Asunción, que yo creo que ya conoce nuestras relaciones.

MAC. Mejor Así rabiará más. ¡Como á ella no la acaricia ni el gato!...

ROSA ¡Más bajo! ¡Si salen los señores!..

MAC. ¿Y qué que salgan? ¡Rumores de la hojarasca, como dice el folletín de *El Heraldo!*

ROSA ¿Y qué más?

MAC. Que eres la única mujer que tié el novio cerca, y como si tuviá al Comendador, que en paz descanse.

ROSA ¡Lo que es eso!...

MAC. Además, que pa la semana que viene se acaba aquí la obra, y como yo no tengo automóvile, eso de venir á verte toos los días desde Madrí va á ser pero que la mar de dificultoso.

ROSA El verano pasa pronto, y para el invierno ya veremos lo que se hace.

MAC. ¡No, no! Ya está visto. Las helás no me cogen á mí desabrigao en lo respetive á la parienta. De modo que servidor pide hoy mismo á tus señoritos la mano y too lo demás tuyo, que yo para mí deseo.

ROSA Te dirán que no.

MAC. Y yo que sí, y á ver quién puè más. ¡Como

que vas á ser tú toa la vida doncella¡ ¡Ja, ja, já, ja! (Pronunciando ateniéndose á los acentos.)

ROSA No; pero el agradecimiento... Ya sabes que de chiquitita me quedé sin padres, que aquí me recogieron, que me han enseñado á dar los primeros pasos...

MAC. Pero como ya sabes andar solita:... ¡velay!

ROSA Y el dote que me tienen prometido...

MAC. ¡Que se lo guarden! Tu dote está en estas manos, que saben trabajar, que saben acariciar... (Muy cariñoso indicando otro abrazo.)

ESCENA VIII

DICHOS, el NINCHI

NINCHI ¡Alza, que arrastras!

MAC. ¿Eh?

NINCHI Servidor.

MAC. ¿Qué quieres?

NINCHI Que se calienta.

MAC. ¿El qué?

NINCHI Aquello.

MAC. ¿Y qué es *aquello?*

NINCHI La masa pa el blanqueo, que como está al sol... Ya sabe usté que el sol se las trae.

MAC. ¿Sí?

NINCHI ¡Digo! ¡Como que está usté más morenito que hace un rato!

MAC. ¡Hombre! ¿Y por qué?

NINCHI ¡Puee menudo es el sol que tié usté al lao! (Con intención.)

MAC. ¡Caramba! No me paece mal.

NINCHI ¡Anda. ¡Ni á mí tampoco!

ROSA ¡Habrase visto el arrapiezo!

NINCHI ¡Toma! ¿Pa qué nacemos? Pa el requiebro mujeril, y viceversa.

MAC. ¡Anda, anda ya, gurrión! (Amenazándole cariñosamente)

NINCHI Bueno. Y que de salú sirva. (¡Gachó, si es de alivien la socia!) (Mutis.)

ESCENA IX

ROSA y MACARIO

MAC. Conque, ya lo sabes: que de hoy no pasa, y salga el sol por Antequera.

ROSA Reflexiona, hombre. Con calma, por la buena se consigue más que por la tremenda.

MAC. ¿Con tus señoritos usar suavidades? ¡Rumores de hojarasca, segunda edición!

ROSA Vaya, que te has empeñado en ello.

MAC. Lo dicho, y hasta luego. (Mutis.)

ESCENA X

ROSA Y LUCÍA

ROSA Y lo hace como lo dice... Y lo perderemos todo... Es decir, todo no. Por mucho que pierda, gano su cariño. Y el cariño verdadero vale por todo.

LUCÍA Rosita...

ROSA ¡Señorita Lucía!... Buenos días.

LUCÍA Buenos para ti y para Macario. (Sonriendo bondadosamente.)

ROSA (Como avergonzada.) ¡Ah! ¿Nos ha visto usted?

LUCÍA Os he visto, sí. Os he escuchado, y no sé si daros la enhorabuena ó acompañaros en el sentimiento.

ROSA ¿Por qué, señorita?

LUCÍA Porque pensando Macario como piensa, lo probable, lo seguro es que tengas que abandonar esta casa, en la que has pasado tantos años.

ROSA Ya se lo he dicho.

LUCÍA Y no serás tú sola. Yo también me ausentaré para siempre. ¡Es mucho sufrimiento!

ROSA Desde que murió la señora (que en paz descanse), esto no es casa.

LUCÍA ¡Ah, la pobre tía!... ¡Qué buena era!

ROSA Por eso se la ha llevado Dios, dejando aquí á los que sufren con la felicidad de los demás.

LUCÍA ¡Infelices!

ROSA Si yo me atreviera le contaba todo al señorito Adolfo.

LUCÍA ¡No, por Dios! Serían capaces de todo.

ROSA Sin embargo...

LUCÍA ¡Calla! Mi tío.

ESCENA XI

DICHAS y DON JOSÉ

JOSÉ Celebro mucho hallaros juntas, porque para las dos tengo especialísimos encargos. (Muy grave.)

LUCÍA Tú dirás, tío.

JOSÉ El que á ti se refiere no es para comunicado ante nadie. El que atañe á ésta, puedes oirle, ya que con tu protección la distingues.

LUCÍA Como mandes.

JOSÉ (A Rosa.) ¿Conoces á un tal Macario, albañil?

ROSA (Con temor.) Yo... señorito...

JOSÉ Le conoces, ¿verdad? Pues oye bien. Estoy enterado de lo que pasa, y he de manifestarte que correspondes muy mal á las atenciones que aquí se te han dispensado desde niña.

ROSA Perdone el señorito, pero...

JOSÉ No pude pensar nunca que solapadamente habías de entablar relaciones semejantes sin aconsejarte de los que te educaron, de los que se compadecieron de tu triste suerte...

ROSA Señorito...

JOSÉ Tal modo de proceder no tiene más que una respuesta. Hoy mismo, ¿lo entiendes? hoy mismo ha de terminar ese descabellado proyecto vuestro, ó te vas de aquí. Tú verás lo que te conviene hacer: ó el albañil ó nosotros.

ROSA (Después de una pausa.) Está bién. (Enérgica.)

JOSÉ ¿Qué es lo que está bien?

ROSA Lo que dice el señorito. Hoy mismo decidiremos.

JOSÉ (A Lucía.) Tú, sígueme.

LUCÍA ¡Fuerzas, Dios mío! (Mutis.)

JOSE Razón tiene Asunción. ¡Desagradecidos, más que desagradecidos! (Mutis.)

ESCENA XII

ROSA

¡No y no! (Llorando.) El agradecimiento. ¡Dios mío! no puede, no debe llegar al sacrificio. ¡Ah, si viviera la señora, tan buena, tan santa!... Y estoy llorando, sí... Pero es de rabia. ¡Es que no sé lo que haría con esos dos seres sin corazón!...

ESCENA XIII

DICHA, ADOLFO y FÉLIX

ADOL. ¡Dios te guarde, Rosita!

FÉL. (Intentando abrazarla) ¡Benditos sean los cuerpos zaragateros!

ROSA (Huyendo.) Vaya, don Félix, que no estoy para bromas.

FÉL. Ya, ya veo en tus ojillos señales evidentes de disgusto. Tú tienes la culpa por no hacerme caso.

ADOL. Vaya: deja á la muchacha, que tendrá más que hacer que tú.

FÉL. Porque quiere. Un palmito como el suyo necesita lo que yo ofrezco. Un hotelito, cuenta en el Banco y un adorador como la muestra. ¿Hace?

ROSA Hace una barbaridad de tiempo que es usted tonto de capirote.

ADOL. ¡Muy bien contestado!... Anda. Avisa á tus señores. (Mutis Rosa, esquivando el abrazo que Félix intenta darla.)

ESCENA XIV

ADOLFO y FÉLIX

FÉL. ¡Caerá!

ADOL. Ea. Sentémonos y recapacitemos antes de dar la batalla. (Se sienta.)

FÉL. No. Antes de darla tú. No pluralices. A mí no me interesan la hija ni la sobrina. Prefiero seguir merodeando por los campos de la doncellez y de la cocinería.

ADOL. Mal gusto tienes. A mí me seduce Asunción y me encanta Lucía.

FÉL. Pues carga con las dos.

ADOL. ¡Ah, si fuera posible!... Vamos á ver, con franqueza: ¿qué te parece Asunción?

FÉL. Un general de brigada, con la intención de un miureño.

ADOL. ¿Y la sobrina?

FÉL. Un merengue tiernecito, y, por lo tanto, empalagosito.

ADOL. ¿Por cuál de las dos te decidirías tú?

FÉL. Por ninguna; pero en caso de apuro me quedaría con el general de brigada. El matrimonio debe ser lucha, pelea, coscorrones á diario. Lo otro es casarse con una tía carnal de uno.

ADOL. ¿Y qué harías en mi situación?

FÉL. Tu situación es excepcional, querido, y la respuesta dificilísima. A tí, en los dos meses que hace tratamos á don José, se te ha desarrollado un deseo furioso de emparentar con él. Las dos muchachas son buenas, y las dos te entusiasman. Pues yo en tu puesto me quedaría con la más rica, porque lo de *contigo pan y cebolla* ha pasado de moda, y además lo critican mucho.

ADOL. Es que las dos son riquísimas.

FÉL. Pues la que más lo sea.

ADOL. Pero tu gusto, como enamorado, ¿cuál es?

FÉL. Tratándose de mujeres, me gustan todas. ¡Hasta las feas!

ADOL. Resulta, pues, que no puedo contar con tu opinión clara y concreta.

FÉL. No. Allá tú. En estas cosas, nadie mejor que el interesado. Sin embargo, no te ocultaré que Lucía me parece más tolerable que su primita.

ADOL. Es que Asunción...

FÉL. (Levantándose.) Es que ya he dicho bastante, y se acabó.

ADOL. (Levantándose.) ¡Pero eso no es contestar!

FÉL. ¡Pues pregúntale á un sabio!

ESCENA XV

DICHOS, ASUNCIÓN y DON JOSÉ

JOSÉ ¡Señores!...

ASUN. ¡Tanto bueno!... (Se saludan afectuosamente.)

FÉL. ¡A la orden!

ADOL. ¡Mi querido amigo!... ¡Asuncioncita!...

FÉL. ¡Salud, padre dichoso y tío con toda la barba!

JOSÉ ¡Siempre el mismo!...

ASUN. (¡Siempre antipático!)

ADOL. ¿Y Lucía?

ASUN. Anda algo malucha...

JOSÉ Los nervios. Estas niñas de ahora todo son nervios.

FÉL. (Cantando.)

¡Ay, don José,
ay, don José,
ay, don José,
qué niñitas tiene usté!

(Risa general.)

ASUN. ¡Hombre! ¡Por Dios!...

FÉL. Hablado se lo habrán dicho muchas veces. ¡Justo es que también lo oiga cantado!

ADOL. Sigue tan informal, como ven ustedes.

FÉL. La vida hay que tomarla en perpetua broma. El día de mi entierro, cuando se arranquen á llorar por mí (si alguno llora), yo me arrancaré por sevillanas. ¡Lo he prometido, y lo cumpliré! (Se sientan todos.)

ADOL. ¿Por quién dirán ustedes que se ha decidido entre las dos bellezas angelicales de este paraíso?

ASUN. Por mí, no, seguramente. Somos incompatibles.

JOSÉ ¿Por cuál?
ADOL. ¡Por las dos!
JOSÉ No deja de revelar buen acierto. Las dos valen mucho, mucho; pero mi Asunción más, infinitamente más.
ASUN. ¡Por Dios, papá!...
FÉL. ¿Quién alaba á la novia? La retontona de su madre.
JOSÉ No, no es pasión de padre, y aunque ella esté delante he de proclamar sus condiciones intachables. Es mi Asunción lo que se llama una mujer de su casa.
ADOL. ¿Mujer de su casa? ¡Así, así me gustan á mí!
ASUN. ¡Gracias!
FÉL. A mí, todo lo contrario. Las de casa ajena... ¡ay, qué ricas!
JOSÉ Lucía también vale. ¡Ya lo creo! Pero tiene algunos defectillos que la convierten en una verdadera chiquilla.
ADOL. ¿Una chiquilla? ¡Así, así es como á mí me gustan!
ASUN. Pero, Adolfito: resulta que le gustan á usted todas.
FÉL. ¡Como á mí! ¡Roconozco el parentesco! Choca!...
JOSÉ ¿Y á qué ha venido toda esta disquisición, si puede saberse?
FÉL. (¡Ah, lagartón! ¡Ya preparas la escopeta!)
ADOL. Pues á que... No se rían ustedes... A que he pensado nada menos que en casarme.
FÉL. ¿Han visto ustedes barbaridad semejante?
ASUN. Hombre... No tanto. Un joven como Adolfo no debe gastarse él solo una fortuna.
FÉL. ¡Claro! Como que lo indicado es buscar una prójima, decirla *¡arza p'alante!* y derechitos á la Vicaría.
JOSÉ Salvo lo de *¡arza p'alante!*
ADOL. Pues he aquí que formalmente tomada mi resolución, pensé en ustedes.
ASUN. ¿En nosotros? (¡Al fin!...)
ADOL. Sí, Asuncioncita Porque demandar consejos á mi señor tío, mi único pariente, es perder el tiempo.
FEL. Algún día te pesará.
JOSÉ Disponga usted de nosotros, aunque en esos asuntos matrimoniales es aventurado acon-

sejar. Figúrese usted que decimos *blanco,* y luego resulta *negro.* ¿Cómo acallar los gritos de la conciencia?

FÉL. Inconvenientes de tener conciencias líricas. La mía está siempre igual. ¡Acatarrada!

ASUN. Si conociéramos á la elegida de su corazón...

ADOL. ¡Si apenas la conozco yo! No sé más que existe, que necesito su cariño, y que aun no la he dicho nada.

FÉL. Que es lo mismo que tener un tío en Alcalá.

ASUN. Pues, Adolfito: á no dormirse. Puede madrugar otro...

FÉL. Y te quedas á pie, que Dios sabe si te convendrá.

ASUN. ¡No le quite usted la voluntad, hombre!

ESCENA XVI

DICHOS y MACARIO

MAC. ¿Dan ustedes su permiso?

JOSÉ Adelante.

MAC. (Como atolondrado.) Pa servirlos. ¿Están ustés bien?

JOSÉ Muy bien, si, señor.

MAC. Vaya. Me alegro tanto.

JOSÉ ¿Quién es usted?

ASUN. Macario Vilches.

MAC. ¡Ele! Usté lo sabía, ó se lo han dicho á la señorita.

ASUN. (A Félix y Adolfo) ¿Quieren ustedes que demos una vuelta mientras papá y este señor hablan?

ADOL. A sus órdenes, Asuncioncita.

FÉL. Yo me quedo. Estoy cansado.

JOSÉ Quédense todos. La cosa no tiene nada de particular.

ASUN. Quedémonos, pues. (Vuelven á sentarse, cambiando los lugares.)

JOSÉ Bien. Pues usted dirá.

MAC. Sí, señor. En seguida. Me se ha de dispensar este atrevimiento que me tomo; pero hace la mar de tiempo que vengo machacando con Rosa; que sí, que no, y que qué sé yo, por fin ya hemos zanjao la custión.

JOSÉ ¿Qué cuestión?

MAC. ¿Pues pa qué andar con arrodeos? Que queremos casarnos lo que se dice por la posta.

FÉL. Vaya. Se dan hoy locos.

ADOL. ¡Calla!

MAC. Porque como va pa un año que nos queremos...

ASUN. ¡Qué desvergüenza!

MAC. Con permiso de la señorita, yo no veo na de desvergonzao en el azto.

FÉL. ¡Ni yo!

ADOL. ¿Callarás?

(Félix, violento, se levanta y pasea.)

JOSÉ ¿Y para qué viene usté á contárnoslo á nosotros?

MAC. Hombre... Eso se le alcanza á un grillo, y ustés perdonen la comparación. Ella no tié en el mundo más que á ustés. A ustés se lo debe tóo. Ustés son su padre, y su madre, y su brazo derecho, vamos al decir. Pues á ustés hay que pedirles el consentimiento.

ASUN. Que muy bien se le podría negar.

MAC. Entonces, ya veríamos lo que se hacía.

ASUN. ¡Hola! ¿Amenazas?

MAC. ¡Ni á la ventana te asomes!

ADOL. (Extrañado.) ¿Qué?

MAC. Que no es nada de eso, señorito.

JOSÉ Y suponiendo que accedamos, ¿con qué cuenta usted?...

ASUN. Con el dote prometido, seguramente.

FÉL. (¡Me revienta esta niña!)

MAC. Está usté equivocá. Contamos con la voluntá de Dios y con estas manos, que dende que yo era así saben trabajar.

JOSÉ Eso es muy poco.

MAC. Pa nosotros, tóo. Porque miste que casarse por otra cosa que por cariño... ¿Verdá usté, señorito? (A Félix.)

FÉL (Tendiéndole la mano.) Conformes, y ¡olé los hombres!...

ADOL. ¡Tío!...

ASUN. (¡Qué antipático!)

JOSÉ Pues nada tendría de extraño que nos opusiéramos, impidiendo que esa loca cambie una casa donde nada le falta por otra en la que carecerá hasta de lo más preciso.

MAC. Poco á poco, y na de llamar loco á quien no lo está. (Muy serio y muy digno.)

ASUN. (A Adolfo.) ¿Pero usté ve qué atrevido?

ADOL. Sí que es templado.

MAC. ¿Qué tiene aquí en total? Casa, comida, cariño... ¿No es eso? ¡Pues conmigo también, señor! La casa más pequeñita, ¡natural! Pero de ella y mía propiamente. La comida, más pobre. ¡Ni que dicir tiene! Pero sin ganarla ella aperreá trabajando, porque se la llevaré yo más orgulloso que don Rodrigo Soriano en la horca. Y de cariño, ¡vamos! de cariño, el día que hagamos el viaje de novios!.. (Asunción ríe.) No, no se ría la señorita, que aunque no sea más que á Vallecas en tercerola, ¡ya lo creo que le hacemos! Bueno. Pues ese día pagamos exceso del susodicho cariño.

ASUN. ¡Muy bonito, precioso!

MAC. Sin ratimagos ni tonterías. Como me ha salío de aquí dentro.

FÉL. (¡Este hombre no se va de aquí sin hacer conmigo la estatua de Daoiz y Velarde!)

JOSÉ Pero cuando el trabajo escasee y los hijos vengan, si los tienen ustedes...

MAC. Que los tendremos, señorito, porque mi padre... ¡calcule usté! ¡Deciséis nos hemos sentao á la mesa! Y lo que el pobre me decía siempre: ¡Tú no hagas nunca de menos á tu padre!... Conque, por eso digo...

JOSÉ Bien. Pues por Rosa sabrá usted nuestra respuesta más tarde.

MAC. No. Ahora tié que ser, porque nos corre la mar de prisa.

ASUN. ¡Qué insolente!

JOSÉ ¡He dicho que luego!

MAC. Y yo digo que ahora. Usté perdone, pero...

FÉL (¡Este es de los míos!)

ASUN. Papá, acaba de una vez, y que nos deje este hombre.

MAC. No deseo otra cosa.

JOSÉ ¿Pero, por qué ese empeño?

MAC. Ea. Pues allá va. Ustés han dicho á Rosa que elija ó esta casa ó á un servidor, y hay que saber si es así ó no es así.

ASUN. ¡Rosa, miente!

MAC. Esa está muy bien educá, y lo que dice va á misa.

JOSÉ Bien. Pues hágame usted el obsequio de dejarnos ahora. Pronto sabrá usted lo que desea.

MAC. Pero...

JOSÉ ¡Yo se lo ruego!

MAC. ¡Sin rogar, señor! ¿Ve usté lo que son las cosas? Ahora me voy yo de motu propio, y hasta que usté avise.

ASUN. ¡Gracias á Dios!

JOSÉ Testarudo es el hombre.

ADOL. Pero parece bueno.

FÉL. Le debo á usted un abrazo, que no se lo doy ahora porque le ahogaría. (En el foro los dos.)

MAC. Muchas gracias... (Juegan bien, pero me paece que yo no soy manco. Envido al padre y órdago á la chica.)

ESCENA XVII

DICHOS menos MACARIO

JOSÉ ¿Qué les ha parecido á ustedes esto?

FÉL. A mí, muy bien. Un hombre valiente que proclama la independencia de su pasión. ¡Viva la independencia!

ADOL. No hagan ustedes caso á este loco.

JOSÉ Pues á mí me ha parecido todo lo contrario, y aparte lo que á la niña se refiere, del galán se encargará su maestro al que voy á hablar ahora mismo.

ASUN. Sí. Que le castigue, que le despida.

FÉL. Acompaño á usted.

JOSÉ No. Puede quedarse.

FÉL. ¡Quiá! Bonito genio tengo yo para escuchar sandeces. Porque estos dos, en cuanto se queden solos, ¡dúo de tontos!

JOSÉ Ea. Pues cuanto antes.

ASUN. Vuelve pronto, papá.

JOSÉ En seguida. (Mutis.)

FÉL. (A Adolfo, que le acompaña.) (Abre el ojo, que asan carne y el enemigo es de cuidado.)

ADOL. (¿Qué enemigo?)
FÉL. (Esa niña y su señor papá, que tratan de cazarte como á un gorrión.)
JOSÉ (Dentro.) ¡Don Félix!
FÉL. ¡Voy, voy! (¡Vaya si se las traen el viejo y y la niña!) (Mutis.)

ESCENA XVIII

ADOLFO y ASUNCIÓN

ADOL. (Realmente lo que he visto y escuchado no es muy edificante. Vamos con tiento. (Pausa,)
ASUN. Le veo á usted preocupado.
ADOL. No, no lo estoy. Pensaba en algo serio.
ASUN. ¿A que lo acierto?
ADOL. Quizá.
ASUN. En su prometida.
ADOL. Algo hay de eso.
ASUN. Es lo más natural en quien, al parecer, está enamorado de veras.
ADOL. ¡Enamoradísimo!
ASUN. Pero de una sombra, de una esfinge.
ADOL. Ni esfinge ni sombra. A usted puedo decírselo, seguro de que me comprenderá. Mi preocupación, porque no es otra cosa que preocupación, se funda en un temor que no puedo desechar. El temor de que me obsequien con unas calabazas tremebundas.
ASUN. ¿Y quién puede hacer á usted semejante obsequio? (Todo muy retardado hasta el final de la escena.)
ADOL. Ella.
ASUN. ¿Y quién es ella? (Con interés.)
ADOL. Una. La que sea.
ASUN. ¿No puede saberse?
ADOL. Aun no; pero prometo formalmente revelarlo muy pronto.
ASUN. (Nerviosísima.) ¿Cuándo?
ADOL. Quizá hoy mismo. Todo depende de que me atreva, y me atreveré. ¡Ya no tengo duda!
ASUN. (Levantándose.)) Hijo mío. Parece usted un doctrino. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA XIX

DICHOS y el NINCHI. Viene comiendo del contenido de una tartera

NINCHI ¿Doña Lucía Santibáñez?
ASUN. ¿Quién la busca?
NINCHI Servidor y peón.
ASUN. ¿Para que?
NINCHI Pa una cosa.
ASUN. ¿Cuál?
NINCHI Me han encargao el secreto, y servidor es la tumba helá pa estas cosas.
ASUN. ¡Lucía! (Llamándola.)

ESCENA XX

DICHOS y LUCÍA

LUCÍA ¿Quién me llama? ¡Ah! ¡Adolfo!... (Se saludan.)
ADOL. ¡Encantadora Lucía!
ASUN. Este joven te busca no sé para qué ni me importa; y como anuncia que es un secreto impenetrable, ahí os quedais. ¿Quiere usted que demos una vuelta por el jardín, Adolfo?
ADOL. He aquí mi brazo. (A Lucía.) Simpática amiguita: ya charlaremos. He de reñirla mucho por su constante retraimiento.
LUCÍA Bien. Será usted uno más á reñirme, y así no tendré queja ni de los de casa, ni de los de fuera.
ASUN. ¡Vamos, vamos! (Mutis con Adolfo.)

ESCENA XXI

LUCÍA y el NINCHI

LUCÍA (Siguiéndolos con la mirada) ¡Qué dichosos parecen! ¡Qué felices pudieran ser! ¡Si Dios quisiera cambiar el carácter de esa muchacha!...
NINCHI ¿Usté gusta?
LUCÍA ¡Ay, que ya me había olvidado! ¿Qué me quería usted?

NINCHI Que mi maestro, el señor Macario, se ha encontrao al cartero y le ha dao pa usté una carta. Conque me ha dicho: Arrea y entrégasela en propia mano á ella mismamente, sin que se entere ni el aire. Y vela aquí. (Entregándosela.)

UCÍA (Febrilmente.) ¡Ah! ¡Es de mi buena madre!

NINCHI (Tirando furiosamente de una cosa que saca de la tartera.) ¡Recristina con la tajá! Paece de cartón piedra.

LUCÍA ¡Viene por mí hoy mismo! ¡Gracias, Dios mío! (Llora y besa la carta.)

NINCHI Paece que eso que la dicen á usté, ablanda.

LUCÍA (Gozosa.) ¡Mucho!

NINCHI Pues haga usté el osequio de leerlo en voz alta aquí, junto á la fiambrera.

LUCÍA ¿Para qué?

NINCHI ¡Pa ver si se ablanda este faisán, que no le puedo meter el diente ni pa Dios!

LUCÍA ¿Pues de qué es ese guiso?

NINCHI ¡Pa mí que es de caoba!... (Sigue peleando con el comestible.)

LUCÍA ¡Pobre! Tan joven y ya trabajando. ¿Cómo es eso?

NINCHI Pues porque da la concidencia de que no es mía la Equitativa. ¡Na más que por eso!

LUCÍA ¿Tiene usted madre?

NINCHI Y padrastro, pa servir á usté; pero acionistas del Banco, como yo. Así es que pa que no falte la mantención, calcule usté. Yo, ginasia por los andamios. Mi madre, oleaje en el Manzanares. Y mi señor padrastro, holga.

LUCÍA ¿Qué?

NINCHI Holgazanitis aguda.

LUCÍA ¿Y qué es eso?

NINCHI Pues que se ha quedao en la flor de su vida sin maldita la gana de trabajar el pobre hombre.

LUCÍA ¿Y cómo vive?

NINCHI Dirá usté que cómo bebe, porque de aquí, (Acción de beber.) ¡el delirio!

LUGÍA ¡Oh! ¡Es indigno!

NINCHI ¡Quiá! Es una esponja... Total: que se ha agenciao un reuma vinícola, que no ganamos pa que se medicine el alma mía.

LUCÍA ¿Y no se le cae la cara de vergüenza?

NINCHI ¡Anda, la cara! ¡Y el apellido materno! Tóos los días, de siete á doce, Guadalajara.

LUCÍA ¿Qué?

NINCHI ¡Bizcocho completamente!

LUCÍA ¡Oh! ¡Qué negro es eso!

NINCHI O blanco. Según. En custión de soplen no distingue de colores.

LUCÍA ¡Pobrecillo!

NINCHI ¿Quién? ¿Mi padrastro?

LUCÍA No. Usted. Y su pobre madre junto á tal hombre...

NINCHI ¿Qué quié usté? Las pasiones desbordás... Pero ande usté, que no hay na eterno Ese gachó dobla el día menos pensao, y como en la gloria.

LUCÍA ¿Que dobla? ¿Qué es eso?

NINCHI Rotura de la corambre. ¡Vamos! Que estalla.

LUCÍA Bueno. Vayase y dígale á Macario que agradezco su interés.

NINCHI Como usté mande.

LUCÍA Dígale que algún día se lo recompensaré, y á usted no le echaré en olvido.

NINCHI Eso es lo mismo. Miste: así como la otra señorita me paeció un alma mía, usté me paece una santa.

LUCÍA ¡Cuánta bondad!

NINCHI ¡Pero que del martirologio! Y si usté no se enfadara, me despedía con un golpe.

LUCÍA (Sonriendo.) Venga.

NINCHI (Arrodillándose en adoración.) ...y bendita tú eres entre toas las mujeres... (Levantándose.) y ojalá se pierda usté en el desierto de Sarasa, y me la encuentre yo.

LUCÍA ¡Qué ocurrente!

NINCHI (Tirando de la tajada.) ¡Y qué carnecita me han puesto hoy en el hotel! En cuanto llegue despedío el cocinero. ¡Por estas! (Mutis.)

ESCENA XXII

LUCÍA, á poco ADOLFO

LUCÍA ¡Pobre muchacho!... ¡Y el buen Macario!... (Contemplando la carta.) ¡Oh, madre mía! Cuanto te deseo!

ADOL. Lucía... (Muy apresurado.)

LUCÍA ¡Ah! ¿Usted solo?

ADOL. Sí. Mientras discuten su tío, su prima y el maestro albañil, sin que lo notaran vine hacia aquí obedeciendo á algo que no sé explicar. Además, mi fortuna es absoluta, pues encuentro á usted sola completamente.

LUCÍA ¡Ya! Así puede usted reñirme sin cuidado, como prometió.

ADOL. No. No vengo á reñir. Me trae algo muy distinto, y muy interesante para los dos.

LUCÍA ¡Hola! Sepamos. (Se sientan.)

ADOL. No sé si sabré explicarme; pero ante todo reclamo de usted una serenidad que acaso pueda faltarle.

LUCÍA ¿A mí?

ADOL. A usted.

LUCÍA ¡Ay! Me pone usted en cuidado.

ADOL. Lucía... Hace muy poco tiempo que nos conocemos, y sin saber por qué mis simpatías se encerraron dentro de esta casa, como si una fuerza irresistible las atrajera.

LUCÍA Eso lo hemos notado todos, y hemos corresponcido justamente.

ADOL. Sí; pero aparte de eso...

LUCÍA ¿Qué?

ADOL. Mire usted, Lucía. A veces nos pasamos media existencia sin ver claro, y á veces basta un momento para que ante nuestros ojos se muestre la claridad más diáfana.

LUCÍA No entiendo á usted.

ADOL. Ni yo sé explicarme; pero sí sé decir que he estudiado en un momento todo un curso de humanidades, y como consecuencia he hecho averiguaciones que me obligan á enrojecer de vergüenza por mi torpeza incalificable.

LUCÍA Sigo sin entender á usted.

ADOL. El dios de los enamorados se muestra cruel conmigo, y no concede á mi palabra el acento conmovedor que necesita.

LUCÍA ¿Luego de amor se trata?

ADOL. No lo creí al principio; pero ahora estoy segurísimo.

LUCÍA ¿Asunción?...

ADOL. No es ese el nombre que mis labios quieren pronunciar, que mi corazón pronuncia ya.

LUCÍA (Algo confusa.) ¿No... es... Asunción?
ADOL. No. Es... ¡Lucía!
LUCÍA (Emocionadísima.) ¡Adolfo!... (Levantándose.)
ADOL. Sí, Lucía. Torpe, torpísimo fuí al no advertir que tan cerca había un tesoro de belleza. Torpe, torpísimo estuve vacilando entre lo cierto y lo dudoso. Cerré estúpidamente los ojos á la luz; pero al fin los abro deslumbrado, no sé si demasiado tarde. Eso, usted lo dirá.
LUCÍA (A punto de desvanecerse.) Adolfo... Adolfo... ¿Qué es esto?
ADOL. (Con exaltación.) Esto es que anhelo respirar el ambiente purísimo de un ángel. Que mi corazón reclama otro corazón. Que mis ojos quieren retratarse en los suyos. ¡Ah, Lucía! No castigue usted con demasiada crueldad la confesión de mi alma enamorada.
LUCÍA (Agitadísima, tambaleándose.) ¿Yo?... ¿Yo?... ¡Dios mío!... ¡Madre de mi alma! (Mutis.)
ADOL. ¡Encantadora, encantadora! Y, ¡vamos, hijo mío! ¡Ya era hora de que herraras ó quitaras el banco!

ESCENA XXIII

ADOLFO y ASUNCIÓN

ASUN. ¡Bravo, caballerito! ¿Tan poco grata le es mi compañía que la pospone á la de la insípida de mi prima?
ADOL. Diré á usted...
ASUN. ¡Nada de disculpas!
ADOL. Pero...
ASUN. (Bastante descompuesta.) ¡La tal Lucía!... ¿Habrá hablado pestes de mí, seguramente?
ADOL. Está usted en un error.
ASUN. Pero ¡ahora que caigo! ¿Será Lucía la esfinge, la sombra de sus preocupaciones?
ADOL. ¿Usted cree?...
ASUN. Por lo menos, no me extrañaría. Y en rigor, una mujer así es la que conviene á usted.
ADOL. ¿Sí?
ASUN. ¡Pintiparada! ¡Tan ñoña como usted!
ADOL. (Con dignidad.) ¡Asunción!...

ESCENA XXIV

DICHOS, FÉLIX y DON JOSÉ

JOSÉ — Pero, ¿qué es esto? Parecen ustedes picados de la tarántula... Uno que desaparece. Otra que se evapora. ¿Qué pasa?

FÉL. — Que esto es un manicomio suelto. Que aquí nadie tiene dos dedos de sentido común.

ASUN. — Solo faltaba usted.

FÉL. — Pues celebro haber llegado á tiempo. ¡Qué caras! ¡Pareces un entierro de tercera, chico!

ADOL. — Pues no me lo explico. No puedo estar más satisfecho.

JOSÉ — ¡Dichoso usted! Yo, en cambio... ¡Que cuente, que cuente don Félix la edificante escena...

ADOL. — ¿Cómo acabó aquello?

JOSÉ — ¡Malísimamente! Pedí al maestro el cese del famoso Macario, y como si no. Que es su mejor oficial; que se irá él también, y que me dejarán la obra empantanada.

ASUN. — ¿Y tú has transigido?

FÉL. — ¡Naturalmente! Como todo el que no lleva razón.

ASUN. — ¡Pues que se vayan los dos enhoramala! ¡Si no va uno á poder despedir á los criados!...

FÉL. — Es que ese albañil no es criado de ustedes. A lo sumo, lo será del maestro.

JOSÉ — No estamos conformes.

FÉL. — Ni lo estaremos nunca.

ESCENA XXV

DICHOS y ROSA

ROSA — La mesa está servida.

FÉL. — ¡Santa palabra! A ver si de una vez acabamos de discutir.

ASUN. — Yo no almuerzo.

JOSÉ — ¿Por qué?

ASUN. — Porque no tengo gana.

JOSÉ — Pero, mujer...

FÉL. (¡Vaya! ¿A que se estropea lo único serio?)
JOSÉ ¿Qué va á decir Adolfo?
ASUN. Diga lo que quiera. Y es más. Dadme licencia para retirarme.
ADOL. No, Asunción, usted no. Los que se retiran somos nosotros.
JOSÉ Pero, ¿qué pasa?
FÉL. ¡Que no almorzamos! ¡Cuando yo digo que esto es una guilladura completa!
ADOL. Asunción dirá, si quiere, lo que á ella corresponde. Lo que á mí respecta, oiganlo ustedes.
ASUN. (A Rosa.) ¿Qué haces ahí? ¿No oyes que no almorzamos? (Muy descompuesta.)
ROSA Está bien. (Hay que contar á Macario lo que pasa.) (Mutis.)

ESCENA XXVI

DICHOS, menos ROSA

JOSÉ Sepamos. Hable usted.
ADOL. Pocas palabras he de decir, ya que la situación requiere absoluta brevedad. Aquí me trajo una idea noble, una aspiración dignísima. Dudando qué camino había de seguir encontré la senda que conduce á la felicidad, y esto es todo.
JOSÉ Pero...
ADOL. No se me pidan más explicaciones, que no estoy dispuesto á dar. Dueño absoluto de mis actos, mi determinación es firme, concluyente, única.
FÉL. Pero, ¿adónde vas á parar, Canalejas chico?
JOSÉ Sí, porque yo no entiendo...
ADOL. Pues voy á parar á la proclamación *urbi et orbe* de la que es dueña de mi cariño, de la que reina por completo en mi alma. La señorita Lucía Santibáñez.
JOSÉ ¿Qué?
ASUN. ¡Ella! } (Asombrados.)
FÉL. ¡Chico! }
ADOL. Dudé un momento; pero Asunción me indicó el camino.
JOSÉ ¿Asunción?

ADOL. Sí. *Lucía* (me dijo), *es la mujer que conviene á usted.*

JOSÉ ¿Es cierto eso? (A Asunción.)

ASUN. Sí. Cierto, ciertísimo; pero vámonos, vámonos, vámonos de aquí.

ADOL ¿Se me perdonará si esta resolución mía produce disgustos no buscados por mí?

JOSÉ ¿Perdonar? ¿Por qué? Usted lo ha dicho. Es dueño absoluto de sus actos.

FÉL. (¡Uy, con qué tripitas lo dice!)

ADOL. Asunción.. (Correcto y suplicante.)

ASUN. Le creí á usted, ¡tonta de mí! más formal y más caballero. ¡Beso á usted la mano! ¡Vamos, papá!

ADOL. Vamos, tío.

FÉL. Yo siempre á la orden de ustedes, menos para casamiento. A mí no me cazan ¡ni con liga!

ASUN. Por mí, bien libre está usted.

FÉL. Pues usted por mí... ¡Hasta la resurrección de la carne!

ADOL. Señores...

(Saludan ceremoniosa y correctamente y vanse.)

ESCENA XXVII

ASUNCIÓN, DON JOSÉ, LUCÍA. Después ROSA, MACARIO y EL NINCHI

ASUN. (Descompuestísima.) ¡Lucía! ¡Lucía!

JOSÉ ¿Para qué la llamas?

LUCÍA ¿Qué quieres?

ASUN. Decirte una sola palabra. ¡La última! ¡Eres la hipocresía personificada!

LUCÍA (Digna y tranquilamente.) ¿Para qué molestarme en decirte lo que no has de creer? Sin buscarla, la felicidad llega hasta mí. Culpa á tu carácter, á tu manera de proceder...

ASUN. (Furiosa y amenazadora.) ¡Vete!

MAC. Con permiso: ¿es hora de que un servidor sepa lo que necesita saber?

ASUN. ¡Fuera, fuera también vosotros! ¡Dejadnos solos, solos!

ROSA Señorita...

JOSÉ ¿No habéis oído que solos? Vamos, hija mía.
(Da el brazo á Asunción, que llora nerviosamente, y desaparecen por el pabellón.)

ESCENA XXVIII

LUCÍA, ROSA, MACARIO, El NINCHI

LUCÍA ¡Y tan solos como os quedais! ¡Pobres! No son malos No son infames. Son... ¡son desgraciados!
MAC. ¿Y qué hacemos?
LUCÍA Hasta que ustedes arreglen su asunto, Rosa vivirá conmigo y con mi madre.
ROSA ¡Gracias, señorita!
MAC. ¡Es una santa!
NINCHI ¡Pero que del martirologio!
LUCÍA Vamos, vamos. ¡Dios mío! ¡Tan bueno, tan hermoso como es practicar el bien!...
(Mutis con Rosa y Macario.)

ESCENA ULTIMA

El NINCHI

¡La vértiga, y qué drama en un momento! No. Pues esto no se queda así. Hay que alegrarse, y á estos socios les canto yo la despedía.
(Ante la puerta del pabellón canta lo siguiente:)

¿Qué os atreveis á poner,
qué os atreveis á apostar,
á que sus morís de rabia
y sus tienen que enterrar?
¡Que con el garrotín,
que con el garrotán!

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE ANGEL CAAMAÑO

Entre militares, comedia en un acto y en verso.

Barrabás, revista cómico-lírico-política, en un acto, dividido en cinco cuadros, verso (1).

Chicoleonte, monólogo-parodia, en un acto, dividido en tres cuadros, prosa y verso (2).

Heraldo de Madrid, revista periodística-cómico-lírico-taurina, en un acto, dividido en tres cuadros, verso (2).

La cena de nochebuena ó á caza del gordo, casi sainete en un acto prosa y verso (2).

Huelga de cómicos, humorada en un acto, dividido en tres cuadros, prosa y verso.

La nieta de su abuelo, juguete cómico-lírico, en un acto y en verso (3).

La marusiña, zarzuela en un acto, y en verso (4).

Tiempo revuelto, casi-revista de casi-actualidad, en un acto y tres cuadros, en verso y prosa (5).

La osa mayor, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en verso (6).

El chico de la portera, juguete cómico-lírico, en un acto, en verso y prosa (3).

Postales madrileñas, cosmorama cómico-lírico-político popular en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso y prosa (7).

El cocherito, zarzuela cómica en un acto, en verso y prosa (8).

Las chismosas, boceto de sainete en un acto, en verso y prosa (9).

El lazo verde, juguete cómico en un acto y en prosa (10).

Toros en Aranjuez, zarzuela cómica-taurina en un acto dividido en tres cuadros, en prosa (11).

Pascualica, comedia baturra en un acto y en prosa.

El alegre manchego, viaje cómico-lírico-bailable-cinematográfico, original y en prosa, en cinco cuadros, dos intermedios y un apoteosis (12).

Vencedores y vencidos, comedia en un acto y en prosa.

¡*Parroquiana*!... ¡*Rabanitos*!... sainete madrileño en un acto y en verso.

El monte de la belleza, fantasía cómico-lírica-bailable en un acto, dividido en seis cuadros, prosa y verso (1

El nacimiento, humorada de Navidad, en un acto, dividido en tres cuadros.

La Socorrito, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros y un intermedio (5).

---

(1) En colaboración con D. José Pérez y Fernández, música d D Tomás Calamita.

(2) Música de D. Rafael Calleja.

(3) Idem de D. Angel Rubio.

(4) Idem de D. Arturo Lapuerta.

(5) Idem de D. Rafael Calleja y D. Tomás Barrera.

(6) Idem de D. Manuel Chalons.

(7) En colaboración con D. Isidro Soler, música de D. A. Pérez Soriano

(8) Música de D. José F. Pacheco.

(9) En colaboración con D. Isidro Soler, música de D. Joaquín Valverde y D. Rafael Calleja.

(10) En colaboración con D. Isidro Soler.

(11) Idem íd., música de D. Manuel Nieto.

(12) Idem íd. y D. A. Custodio, música de D. José M.ª Alvira y D. Lorenzo Andreu.

(13) Idem con D. A. Custodio, música de Emilio López del Toro y Eduardo Fuentes.

9-12

Precio: UNA peseta

PRECIO 1,50 Ptas

214

MANUEL CABA y JOSE ALBA

A. S.

DISPARATE ESTILO VAUDEVILLESCO

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by Manuel Caba y José Alba, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

A. S.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A-3D [37

A. S.

DISPARATE ESTILO VAUDEVILLESCO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL CABA y JOSE ALBA

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, el día 28 de Diciembre de 1914

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1915

A Ramón Peña.

El público, como actor
te ovaciona cuando sales,
pero como director,
tan solamente el autor
puede saber cuanto vales.

Los Autores.

REPARTO

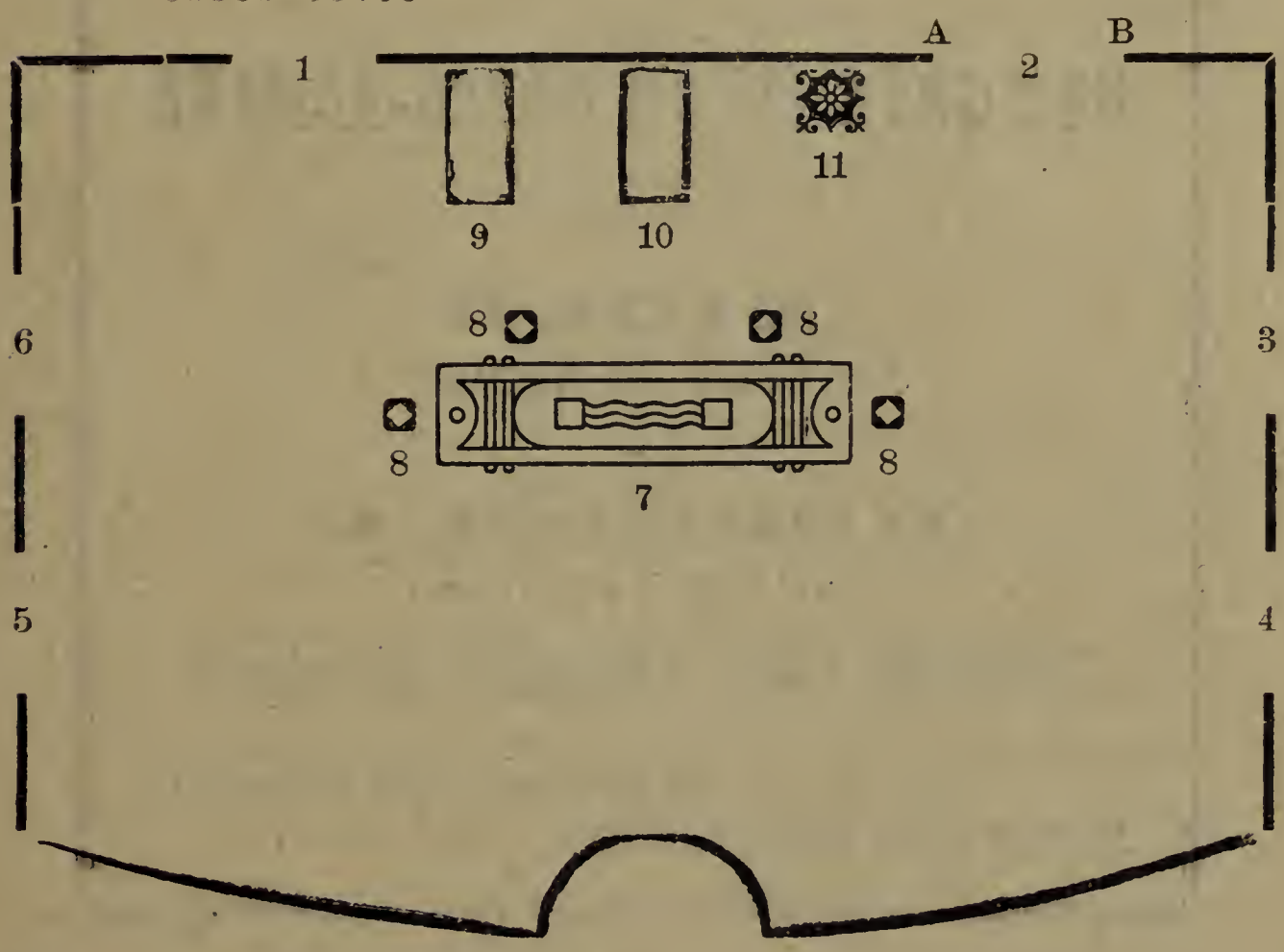
PERSONAJES	ACTORES
ELENA.....	Srta. Pardo.
DOÑA MISERICORDIA.....	Sra. Sánchez Ariño.
CASTA.....	Srta. Moneró.
DOÑA FE.....	Sra. Illescas.
MARICHU (criada).....	Srta. Herrero.
CÉSAR SAN MARTÍN.....	Sr. Manrique.
DON PÍO.....	Peña (R.)
DON ANSELMO.....	Mora.
SEVERO FLORITZ (italiano)....	Isbert.
CARDIN.....	Ariño.
VALENTÍN (aragonés).....	Pérez Indarte.
TEODORO PICORT.....	Collado.
SANTOCILDES.....	Balaguer.
HIDROQUINONA.....	Tordesillas.
ESPARTERO.....	Mihura.
PEDRO.....	Prieto Gallo.
TRUCHUELA.....	Zaragozano.
ANDRÉS.....	
UN CHICO.....	

La acción en San Sebastián del 21 al 28 de Julio. Epoca actual

Advertencia.—En los teatros donde no se disponga de la decoración que se cita para el segundo acto, puede aprovecharse la de un salón con ventanal, ó ventana grande que figura da al mar, con forillo de horizonte.

ACTO PRIMERO

PLANTA DE LA DECORACIÓN



1=Habitación de Casta y Floritz.
2=Puerta del foro: A, calle. B, comedores.
3=Cuarto de don Anselmo.
4=Idem de Valentín en el acto primero, y de don Pío en el segundo.
5=Idem de doña Misericordia y Elena.
6=Idem de César.
7=Mesa con periódicos, recado de escribir, etc.
8=Sillones de mimbre.
9=Cartel del Frontón Municipal.
10=Idem de la Plaza de Toros.
11=Almanaque que señala en el primer acto la fecha del 21 de Julio. En el último acto se cambiará por la del 28 de Julio. Todas las puertas de las habitaciones juegan.

La escena representa la salida de descanso de un hotel de tercer orden. Aparecen las cinco habitaciones numeradas en la forma que indica el esquema anterior y que sirven de hospedaje á los personajes que allí se mencionan. En las paredes habrá anuncios relativos á vinos y licores, pneumáticos, automóviles y en general á los artículos que figuran en toda fonda ú hotel. Un almanaque grande que señale 21 de Julio. En el sitio indicado en la figura con el número 9 habrá imprescindiblemente un cartel que dirá textualmente:

FRONTON MUNICIPAL

HOY GRAN LUCHA GRECO-ROMANA

ENTRE

NICAR

CAMPEÓN DE NORUEGA

Y

DERRICLA

CAMPEÓN BÚLGARO

¡¡SENSACIONAL LUCHA!! ¡¡EMOCIONANTE ESPECTÁCULO!!

A las nueve de la noche.

Precios los de costumbre.

Al levantarse el telón aparecen César y Floritz en mangas de camisa y con caretas de esgrima en un asalto. Juegan con sable de vara. Como es fácil que la mayorla de los actores encargados de los papeles de César y Floritz, no conozcan la esgrima, el signiente esquema podrá serles útil:

Corte 1.°—De sien derecha á mandíbula izquierda.
Corte 2.°—De sien izquierda á mandíbula derecha.
Corte 3.°—De hombro derecho á cadera izquierda.
Corte 4.°—De hombro izquierdo á cadera derecha.
Corte 5.°—Vertical. Al centro de la cabeza.
Corte 6.°—Horizontal. Al cuello, á los hombros ó á las caderas.
Corte 7.°—De cadera derecha á pie izquierdo.
Corte 8.°—De cadera izquierda á pie derecho.

ESCENA PRIMERA

CÉSAR y FLORITZ; después PEDRO

SEV. (Dando voces de mando y ejecutando César todo lo que indica su adversario.) A fondo. En guardia. Corte *cuinto*. Corte *secondo*. Corte séptimo. ¡Molto bene! E un poquitino di lutta. (Pelean ambos, Floritz, hasta dos veces es alcanzado por el sable de César.) Touché. (Pausa.) Touché. (A la tercera vez, Cesar le hace un corte cualquiera, como amago para concluir, dando á Floritz un terrible sablazo en la cabeza. Floritz entonces tira el sable al suelo y quitándose la careta, llévase las manos á la cabeza.) ¡Per Dío, qui me casca la testa!

CÉSAR (Quitándose la careta también.) Ha sido en la chichonera.

SEV. ¿Sapere las estocadas bene?

CÉSAR Yo creo que sí.

SEV. (Con voz de mando.) ¡Estocata en tersa! (Lo ejecuta César.) ¡Estocata in carta! Esto... Esto fa malé. (César hace un amago y le larga un palotazo en cualquier lado, que indigna á Floritz, el cual se pone á luchar con César, saliendo aquél siempre perjudicado, hasta que convencido de que es inútil seguir la contienda, tira el sable, se quita la careta y exclama sofocadísimo:) ¡Vensito! ¡E ío me dono por vensito! ¡La Madona! E aquesto é un saltimonti! (En este momento aparece Misericordia por su habitación número 5, con un frasquito en la mano. César, al verla, se pondrá rápidamente la careta. Ella le mira con curiosidad. Cuando no le ve, hace como que la daría un palo, al volverse saluda.)

MISER. Este es el del número seis. Tengo gana de conocerle, porque siempre lo veo detrás de ese enrejado, que parece un buzo. (Vase por el foro.)

CÉSAR (Dándole la mano.) ¿Todo olvidado?

SEV. Ma ío non poso olvidare les mamporro. ¿E per qué vole aprendere á tirare lis armes, si sapi ma que ío?

CÉSAR Amigo Floritz, no se incomode y sepa que la esgrima es mi obsesión. Por esta causa, al

llegar ayer á San Sebastián y saber que tenía por compañero en el hotel un profesor de esgrima, solicité sus lecciones.

SEV. Y ha vencito al profesore.

CÉSAR Yo gozo venciendo á tiradores de fama. Esto mismo lo hago en todas las poblaciones con el pretexto de aprender, pues las primeras lecciones me sirven para conocer el lado flaco del contrario.

SEV. ¿E cualo es el mío flaco?

CÉSAR La cabeza.

SEV. ¿La testa? ¿Da-vero? (Con interés.)

CÉSAR Sí, amigo Floritz; la testa suya, es el punto más vulnerable.

SEV. Ma ío espero que non divulgui qui mi ha vensito. Tengo solicitata la plaza di profesore dil Casino y...

CÉSAR Descuide. Por mí no se sabrá.

SEV. Oh, gradsie tante. ¡Bravo home! (Le abraza.) Tiratore veterano. Especialitá en el sable.

CÉSAR Desde la edad de quince años, se puede decir que he vivido del sable.

SEV. ¿De piccolo?

CÉSAR Y tan piccolo. Lo más de á duro.

PEDRO (Desde la puerta.) Señor Floritz, su señora me envía á decirle que la comida está servida y que le espera.

SEV. Vado súbito. (Coge las caretas y sables y los entra en el número 1.)

CÉSAR ¿Y mi almuerzo?

PEDRO (De mala manera.) Espérese usted á que coman los otros huéspedes.

CÉSAR (Aparte.) ¡Qué bruto!

PEDRO La camarera se lo servirá en su cuarto. (Vase.)

(César recoge lo suyo y se pone la americana.)

SEV. (Saliendo.) Mío caro; hasto dopo. Vado á manyare.

CÉSAR Buen provecho.

SEV. E per Dío. Discredsione.

CÉSAR No se hable más. (Vase Floritz número 2 B, haciendo muchas reverencias.) Es un maleta. No me explico cómo quiere desempeñar en el Casino un cargo tan importante.

ESCENA II

CÉSAR y MARICHU, conduciendo á TRUCHUELA, guardia de Orden público ó Miquelete. Foro A

MAR. Ese caballero es don César San Martín. (Vase por el número 2 B. César se sorprende al oirse nombrar y se va hacia el guardia, decidido.)

CÉSAR Servidor.

TRUCH. Tenga la bondad de seguirme.

CÉSAR ¿A dónde?

TRUCH. Al Gobierno civil. Su señoría le espera.

CÉSAR Pero si ya había quedado todo dilucidado. ¿Ignora usted para qué pueda llamarme?

TRUCH. Me figuro que es por lo que ha aparecido en un periódico de la mañana con su firma.

CÉSAR ¡Ah, sí! (Entra én su habitación, donde deja los sables y caretas, y sale con sombrero; cierra la puerta con llave que guarda en el bolsillo.) Estoy á su disposición.

TRUCH. Vamos.

CÉSAR Vamos y quiera Dios que terminemos de una vez. (Salen por el foro A. Hay una pequeña pausa.)

ESCENA III

FE, ESPARTERO y CARDIN por el foro B

CARDIN Aquí podremos hablar con la reserva que usted desea.

ESP. ¿No tendremos oídos inoportunos? (Mirando á todos lados.)

FE Están todos los huéspedes de este piso en el comedor.

ESP. Al grano. Vengo á adquirir antecedentes de un sujeto que se aloja en esta casa, un tal César San Martín.

FE ¡Ah, sí, señor!

CARDIN Esa es su habitación. (Señala la del número 6.)

ESP. ¿Cuánto tiempo lleva?

FE Llegó ayer por la mañana.

ESP. ¿De dónde procede ese forastero?

FE De Sabadell.
ESP. Malo.
FE Según consta en el registro de viajeros.
ESP. Malo, malo. ¿Pero no habla catalán?
FE Ni aun tiene el acento.
ESP. ¿Y qué clase de vida hace?
FE Un tanto extravagante. Cuando llegó no había habitación disponible y yo me negaba á admitirle, pero dijo que de esta casa no se iba, porque desde aquí podía observar sin ser visto...
ESP. Malo, malo.
FE Que él se quedaba á dormir aunque fuera en la cocina. Y agregó que venía á San Sebastián dispuesto á salirse con la suya.
ESP. ¡¡Uf!!
FE A mí, la verdad, me dió mucho miedo su terquedad, con mayor razón cuanto que al sacar el pañuelo, se le cayó una pistola pequeña. ¡Con lo que á mí me asustan las armas de fuego!
ESP. Aguarde. (Saca un cuaderno de notas y apunta.)
CARDIN Y anoche hablando conmigo me enseñó un revólver de diez tiros, último modelo, según me dijo, y después cuando echó mano á la cartera para pagarme sacó otro.
ESP. Necesito en seguida ver su habitación.
CARDIN Por aquí. (Al ir á empujar la puerta ven que está cerrada.)
FE Está cerrada con llave. Y ahora caigo en que siempre que sale se la lleva.
CARDIN ¿Pero dónde fué?
ESP. Al Gobierno civil en calidad de detenido.
CARDIN ¡Zape! (Bajando la voz.)
ESP. (Bajando la voz.) Hay sospechas de que conspira.
FE (Dando un grito) ¡Ay!
ESP. ¡Señora!
CARDIN En buen lío nos hemos metido.
ESP. Anoche ese caballero en la lucha grecorromana, protestó del acto diciendo que debía haber ganado precisamente el que el jurado señaló como vencido. Con este motivo se armó una trapatiesta fenomenal que terminó á bastonazos entre él, otro caballero y su familia. Conducido al Gobierno, el inspector

Ruibarbo ha creído recordar sus facciones y dice son las mismas que las de un Castell Parrell, residente en Mataró, anarquista y conspirador.

FE ¡Madre del alma mía!

CARDIN (Con misterio) Apunte usted este dato. Ese señor, ó lo que sea, no come como los demás compañeros de hospedaje y se hace servir la comida en su cuarto.

FE Y tiene ahí dentro un verdadero arsenal de armas. Yo he visto más de catorce escopetas en una caja.

ESP. (Apuntando en el cuaderno.) ¡Ciento catorce escopetas! Basta, no necesito saber más.

CARDIN Por supuesto que en cuanto venga, sale de esta casa.

ESP. Prohibido terminantemente. ¿No comprende usted que si se va pierdo la pista? Le van ustedes á tratar con mimo exageradísimo ¿Come mucho?

FE Sí, señor.

ESP. Pues agréguele un plato más en cada comida con cargo á los fondos secretos del Gobierno. Si ven que pide agua, le dan refresco ó cerveza. Los criados se desvivirán por servirle. En la cama mucha comodidad y limpieza. Hay que hacer porque duerma como un lirón.

CARDIN No sé si le dejarán las pulgas.

ESP. En una palabra, exijo que esté contentísimo del alojamiento.

CARDIN Bueno, pero ¿qué voy ganando con todo eso?

ESP. ¿Cómo? Va usted ganando el hacer un bien á la seguridad pública, y el que por informes de la policía y recomendaciones del Gobierno civil, de un hotel de tercera ó cuarta clase, va usted á hacer un María Cristina sin costarle un cuarto.

CARDIN (Intrigado.) ¡Caracoles!

FE (Muy contenta.) Dios se lo pague.

ESP. Ahora discreción, reserva y á ensanchar el negocio.

CARDIN Por nosotros no ha de quedar. (Sale Espartero muy satisfecho, siendo acompañado hasta la puerta por Cardin y Fe. Estos al quedarse solos se miran y contentísimos se abrazan.)

ESCENA IV

CARDIN, FE, después MARICHU

CARDIN — Fe.

FE — Homobono.

CARDIN — (Contentísimo.) Me veo camino del ensanche.

FE — Pero ya has oído, discreción.

CARDIN — Y mucha reserva.

FE — Hay que dar orden á los criados de que estén con él amabilísimos.

CARDIN — Y que le hagamos entre todos agradable el alojamiento. ¡Qué lástima no saber tocar el acordeón para darle música mientras comel

FE — ¿Te parece que le ponga aquel cuadro que el año pasado mandó quitar el canónigo que tuvimos.

CARDIN — ¿Cuál?

FE — Aquella fotografía de la bella Otero bailando.

CARDIN — Eso siempre anima. Tienes mucho talento, Fe.

FE — Ten fe en tu esposa. (Abrazándole.)

MAR. — (Entrando y sorprendiendo el abrazo.) Señora.

FE — ¡Ay! (Marichu viste traje típico de doncella de Hotel con alpargatas blancas.)

CARDIN — ¿Qué ocurre?

MAR. — Ahí viene un ordenanza del Gobierno de parte de don César, el del número seis, diciendo que le entreguen su comida. Yo le he dicho que no puede ser, que se muera de hambre.

FE — (Rápidamente.) No, no.

CARDIN — (Acordándose de la recomendación que le hizo Espartero.) Que espere un momento y se la llevará.

FE — (A Marichu.) Que vayan inmediatamente por una ración de jamón en dulce.

CARDIN — Con mucho huevo hilado.

FE — ¿Y si pudiéramos mandárselo con un pollo?

MAR. — El chico de la sedería viste bien.

FE — Con un pollo asado; imbécil, idiota.

CARDIN — Es mucho.

FE Más se merece la simple. Que vayan por seis pasteles variados.
CARDIN Hazle café, que estando encerrado no puede salir á tomarlo.
FE Y mándale cognac.
MAR. Si saben que no lo bebe.
CARDIN Por si quiere obsequiar á los guardias.
FE Arreglémoslo nosotros mismos.
CARDIN Eso, eso. El ojo del amo... (Vanse los tres por el foro.)

ESCENA V

ELENA, MISERICORDIA, CASTA, ANSELMO, VALENTÍN, SEVERO FLORITZ y PICORT

Sale Pedro el primero y en una mesita á la izquierda echa café en dos tazas que ha traído con un servicio. A esta mesa se sientan Misericordia y Anselmo. Echado el café, Pedro se va. A la derecha se sientan formando corro, Casta, Floritz y Picort. En la mesa de periódicos, Elena al lado derecho y Valentín al izquierdo. Vienen todos de comer. Valentín y Casta flirtean

PICORT Amigo Floritz, la locomotora del porvenir será el aeroplano, no lo dude.
SEV. Non capisco.
PICORT Ya capiscará usted, porque los hechos son los hechos.
SEV. E las caitas son las caitas. (Picort hace un gesto de desprecio.)
MISER. (A Floritz.) Tiene mucha razón; algo mejor es eso de andar por los aires que las luchas greco-marranas.
ELENA (Corrigiendo.) Greco-romanas, mamá.
MISER. Greco-marranas, sé lo que digo. Desde anoche estoy mala. (Valentín la mira displicentemente: ella, ahora y siempre que la mira, lo advierte y siempre se encara con él.) Ver dos tíos, (Vuelve á mirarla Valentín.) sí, señor, dos tíos; porque á nadie más que á dos tíos se les ocurre ponerse en traje de baño y puñada viene, trompazo va, que si una corbata, que si un puente, que si qué sé yo... No he visto en mi vida espectáculo, ni más bárbaro ni más cochino. (Nueva mirada de Valentín.) Cochi-

no, sí, señor; como si para darse de mamporros hiciera falta enseñar desvergüenzas.

CASTA Pues al final hubo una bronca terrible.

MISER. Ya me he enterado, pero afortunadamente no la ví, porque nos retiramos mucho antes. Creo que hubo estacazos.

PICORT Y el pagano fué el huésped del número seis.

MISER. Como todavía no conozco á ese caballero, no me inspira lástima. Pero debe ser un tonto al tomarlo con tanto calor.

PICORT Pues las luchas privan hoy en todas partes.

MISER. ¡Ay, no, por Dios! Donde estén los toros que se quiten todos los griegos y todos los romanos.

ANS. Es verdad.

MISER. (A Floritz.) ¿Usted no conoció á Frascuelo?

SEV. (Como recordando.) Frasquelo, Frasquelo; no me sona, signora.

MISER. Aquello era un hombre. Ahora mismo entre este señor, (Por Valentín.) el compañero suyo de puñetazos, y el Moño chico, ese torero que es un fenómeno, me quedo con el Moño.

CASTA (Intencionadamente.) ¡Ay, yo no! ¡Prefiero al señor! (Por Valentín.)

SEV. (Escamado.) ¿E per qué?

CASTA (No acertando á salir del apuro.) Porque... estas luchas son algo nuevo; dicen que da vigor á la raza...

MISER. A la raza fresca.

PICORT La de anoche fué célebre. Estuvo este hombre (Por Valentín.) hecho un coloso venciendo á ese Nicar, su contrincante, que quedó á muy poca altura.

MISER. Y tan poca, como que no podía levantarse del suelo; le echó la zancadilla. (Valentín se levanta, coge un periódico, le dobla, hace una inclinación de cabeza y sale por el foro; todos corresponden al saludo.)

ANS ¿Han visto ustedes qué hombre más extravagante?

PICORT Es bastante raro.

MISER. Y es muy bruto. Yo aun no le he oído el metal de la voz.

ANS. Dicen que es mudo.

PICORT ¡Ah, vamos! No es hombre de palabras.

MISER. Lo que ocurre en esta casa es extraño; este animalote nos resulta mudo, y al señor de esa habitación aun no he logrado verle. (Señala al número 6.) Y no sé por qué no le puedo ver.

ELENA (Ni él á ti.) (Aparte.)

CASTA Pues es muy simpático.

SEV. (Echándola una mirada de celoso furibundo.) Simpático... simpático... La celosía...

MISER. Resulta que todos le conocen menos mi hija y yo. No es que tenga ningún interés, pero se me hace raro.

PICORT Floritz le está dando lecciones de esgrima.

ANS ¿Sí?

PICORT ¿Y va adelantado?

SEV. ¡Oh, no! No sabe tiner el arma en la mano.

PICORT ¿Se dará usted cada cachiporrazo?...

SEV. (Con aire de triunfo.) ¡Oh! Acabo di ponerli la testa... así. . (Enseñando sus chichones.)

MISER. Bueno, don Anselmo; Elena y yo vamos á ponernos el sombrero y saldremos en seguida para irnos á la excursión.

ANS. Yo también voy á cepillarme. Hasta ahora. (Entra en el 3.)

MISER. Vamos, Elena. Yo no sé qué te pasa, hija mía. Tú debes también haberte vuelto muda. (Porque Elena no deja de mirar hacia el cuarto número 6.)

ELENA No tengo ganas de hablar, mamá.

MISER. Por eso lo digo precisamente. Vamos á arreglarnos.

ELENA Buenas tardes. (De seguro me está mirando por el ojo de la cerradura.)

MISER. Hasta luego.

PICORT
SEV.
CASTA } Muy buenas. (Vanse madre é hija al número 4.)

ESCENA VI

CASTA, SEVERO FLORITZ y PICORT

PICORT Conque amigo Floritz, ¿se decide usted á subir en mi aeroplano?

CASTA Mire usted, Picort, no insista. Me opongo

terminantemente, y sobre todo, lo lógico es que usted que lo ha inventado, suba en él.

PICORT Precisamente por ser el inventor no puedo subir.

CASTA ¡Claro! teme usted romperse la crisma.

PICORT Nada de eso: es que preciso ver cómo funciona en el aire.

CASTA ..... Y busca usted un primo que suba para verlo desde abajo. Que sale bien, el que se lleva las palmas es el inventor; que el tripulante se mata, usted no ha perdido nada.

PICORT He perdido el aparato.

CASTA Pero ha salvado la pelleja.

PICORT ¡Calcule usted, amigo Floritz, la gloria que le estaría reservada.

CASTA Basta, no se hable más de ello. Severo no subirá. Ya nos conocemos, Picort.

SEV. (Escamado.) ¿Se conocen ustedes?

CASTA No seas ridículo. Digo que ya le he calado.

SEV. (Aparte más escamado aún.) Calato... calato... ¿Cómo le habrá calato?

PICORT Vaya, yo me marcho. ¿Viene usted?

SEV. ¡Ah, no! Questa tardi sonno di Casta.

CASTA Tengo que vestirme; da una vuelta y á las cuatro vienes.

PICORT Ande usted, hombre; le invito á una copa de cognac en el Kuzt.

SEV. (Poniendo los ojos en blanco.) Cognac... cognac .. (De pronto.) Vamos. (A Casta.) Volveré logo.

PICORT Adiós, encantadora enemiga.

CASTA Adiós, mal corazón; que quiere usted dejarme viuda.

SEV. Mía cara...

CASTA Adiós. (Vanse ellos por el foro y Casta entra en el número 1.)

ESCENA VII

ELENA, MISERICORDIA, después ANSELMO

Salen con sombrero. Misericordia denota que se lo ha puesto de pronto. Elena está muy disgustada.

MISER. Y me haces el favor de poner otro gesto.

ELENA Te he dicho, mamá, que no tengo ganas de bailar.

MISER. ¿De bailar? Ni yo tampoco, pero no está bien que don Anselmo esté hecho un zascandil nuestro.

ELENA Tuyo.

MISER. ¿Mío? ¡Qué más quisiera yo! Ahí le tienes; un hombre con un capitalazo hecho á fuerza de constancia. Lo que se dice un indiano. No me desdeñaría yo en casarme con él.

ELENA Lo creo.

MISER. Un hombre honrado que viene á España, según dice, á «restituir lo que quitó».

ELENA ¿Y qué quitó?

MISER. Yo qué sé, pero no dejarás de reconocer que quedan muy pocos hombres de conciencia.

ELENA Bueno, mamá, déjame de vidas ajenas.

MISER. ¿Estás enferma?

ELENA No sé qué tengo.

MISER. Lo que tú tienes es que no estás cerca de aquel sinvergüenza que ha sido objeto de nuestro veraneo, porque el mar á mí, ¡plim! como dicen en mi tierra. Aquel canalla, infame...

ELENA ¡Mamá!

MISER. Aquel títere que no nos dejaba noche y día, y con él no te casas, porque..

ELENA (Aburrida de oir siempre lo mismo.) Bueno, mamá.

ANS. (Saliendo.) ¿Dónde vamos esta tarde?

ELENA Yo quería subir al Monte Igueldo.

ANS. Pues desde luego.

MISER. Don Pío quedó en venir por nosotras.

ANS. ¿Ese don Pío es pariente de ustedes?

ELENA No señor.

MISER. Es un caballero, sabe usted; paisano y amigo de mi primer marido. Corrieron juntos lo suyo... Mi difunto era contratista de caballos de la plaza de toros y éste entonces era carterista.. trabajaba en pieles finas, pero se marchó al extranjero con tan buena suerte, que ahora tiene un fortunón. En cambio, mi Antonino se arruinó del todo.

ANS ¿No le probaron los caballos?

MISER. Ni las sotas.

ELENA Pero, mamá, ¿qué le importa al señor?

ANS Ya lo creo que me interesa.

MISER. Se lo digo para que sepa que nuestra conducta ha sido siempre transparente.

ANS. Diáfana como el cristal de unos anteojos.

MISER. Pero no de los ahumados. Mi Antonino empezó á tontear gastándose el dinero en vicios. Luego enviudé y con los pocos cuartos que le pude ocultar á aquel infame, (Dios le haya perdonado) puse un establecimiento de compra-venta mercantil.

ANS. (Con repugnancia.) ¿Una casa de préstamos?

MISER. Sí, señor, pero de conciencia... Tuve que ponerme al frente del negocio y empezó á entrar un caballero que diariamente pignoraba algo; hoy una alhaja, mañana un colchón... Yo adiviné un drama á través de tantas pignoraciones, y me enternecí. Llegó un día en que, acostumbrado á empeñar, y no teniendo nada disponible, me empeñó su palabra de casamiento.

ANS. ¿La tasaría usted barata?

MISER. Sí, señor, y me salió cara. Aquel día me dejó esta alhaja. (Por Elena.) Pero nos casamos antes del vencimiento y á los dos meses cogió todo lo que había en la tienda y ríase usted de Garibaldi. (Acción de beber.)

ELENA Pero, mamá, parece que estás contado una novela de bandidos.

ESCENA VIII

DICHOS y DON PÍO por el foro

PÍO ¡Buenas tardes!

MISER. Muy buenas, don Pío.

ANS. ¿Qué tal vamos?

PÍO Perfectamente. (A Elena.) ¿Y esta monísima criatura?

ELENA Esta criatura tan monísima, según usted, está hoy de monos.

(Doña Misericordia habla aparte con don Anselmo pero oyendo lo que dicen Pío y Elena.)

PÍO Para esta monada traigo yo un pequeño perfume de «Ranúnculo asiático». (Saca un frasquito y se lo da.) Que si usted sabe el lenguaje de las flores, de sobra conocerá su significado.

ELENA ¡Ay, no! (Leyendo.) «Ranúnculo asiático». ¿Y qué quiere decir?

PÍO Expresa esta frase: «Está usted llena de atractivos».

ELENA (Irónicamente.) Vaya con el ranúnculo.

PÍO Aquí tiene usted otro también simbólico. (Le da otro frasco.) Es «Prímula de jardín» y significa «Primavera».

ELENA Comprendo. Esto es por usted.

PÍO ¡Quién sabe!, y finalmente... (Sacando otro frasco.) Este para su mamá.

ELENA ¿Cuál es el componente?

PÍO Cardo silvestre.

ELENA ¿Y dice en su lenguaje?...

PÍO «No abuses». (A Misericordia.) Señora, acepte usted este modesto obsequio. Vaya ranúnculo. (Tomándolo.) Vaya Primavera y ¡vaya cardo!

MISER. ¿Pero va usted á llenar el tocador de tarros y potingues?

PÍO ¿Y cuál es el plan para esta tarde?

ANS. Sencillísimo. Ahora mismo compramos unas raciones de jamón, algo de pavo trufado, rioja y pastelitos, y esta modesta merienda nos la comemos presenciando las regatas. ¿Qué tal, doña Misericordia?

MISER. Que á nosotros no nos separa más que el postre.

ANS. Pues sobre la marcha. Voy ahora mismo por las provisiones.

PÍO Perdone usted, pero voy yo. (Conteniéndole.)

ANS. De ningún modo. Me toca á mí, porque ayer pagó usted todo.

MISER. Eso es igual.

ANS. Espérenme, que estoy de vuelta en seguida. (Vase foro.)

MISER. Toma, guarda eso. (Le da los frasquitos.)

ELENA Voy. (Vase al número 4)

ESCENA IX

MISERICORDIA y DON PÍO

MISER. ¡Qué calor! En este San Sebastián se derrite una.

Pío — Apropósito del derriten; tenemos que hablar detenidamente. Usted sabe que quiero entrañablemente á Elenita.

Miser. — Sí, como un padre.

Pío — Nada de padre, todo lo contrario. Quiero á su hija, la adoro, y á pesar de ello, casi es imposible la realización de mi deseo.

Miser. — Pues no lo entiendo.

Pío — Como que hace falta una minuciosa explicación. Ya sabe usted que soy viudo. Mi difunta fué un ángel; al morir en Alemania, donde vivíamos, pues ella era extranjera, para asegurarse de mi fidelidad desde ultratumba, puso en el testamento como condición, que su capital pasase íntegro á mis manos si no me volvía á casar... antes de diez años de su fallecimiento, y si lo hacía después de este plazo, que fuese con una viuda únicamente.

Miser. — Vaya con la última voluntad de la señora.

Pío — Yo quiero á Elena; los diez años han transcurrido, pero me encuentro conque por ser ella soltera, si me caso no tenemos con qué vivir porque pierdo la herencia, y de no hacerlo, yo no puedo vivir sin ella.

Miser. — De modo que ¿no quiere usted separarse de la muchacha y tiene usted que casarse con una viuda?

Pío — Viuda legítima.

Miser. — Pues hay un medio.

Pío — ¿Cuál?

Miser. — Me sacrificaré yo... que soy viuda doble.

Pío — ¡Señora!...

Miser. — Haré un esfuerzo...

Pío — (Como no sea para tirar de un baúl...)

Miser. — Bueno, mire usted, don Pío, chuparme el dedo, yo no me lo chupo, porque si su difunta está en la gloria...

Pío — Indudablemente.

Miser. — ... yo no estoy en el limbo. Lo que ocurre es que usted nos ha tomado por primas.

Pío — Estoy buscando el medio de casarme y no perder el cónquibus, porque lo que se me había ocurrido es irrealizable.

Miser. — ¿El qué?

Pío — Hallar un hombre deshauciado de los mé-

dicos para que se uniese á ella. ¿Usted sabe de alguno que esté en la agonía?

MISER. Ese es otro cantar. ¿Está usted loco?

PÍO Ya lo creo que lo estoy. Loco por Elenita, y loco porque no hay de qué.

MISER. Lo que usted quiere es algo así como un laberinto chino.

ESCENA X

DICHOS. ELENA por donde salió y ANSELMO por el foro

ELENA Vamos.

PÍO ¡Divina!

ANS. (Entrando.) Aquí estoy con todo ya comprado, van á empezar las regatas y propongo que esta merienda nos la tomemos dentro de una lancha, de paso que vemos la fiesta.

ELENA ¡Ay, sí! Eso es muy hermoso.

MISER. No, señor, yo no entro en el mar.

ELENA Si casi no salimos de la orilla.

MISER. ¿Ustedes responden de mí?

PÍO Lo que sea de usted será de nosotros.

MISER. ¡Vaya un consuelo! Vamos y sea lo que Dios quiera.

ANS. Vera usted qué tarde más agradable pasamos. (Vanse foro.)

ELENA (Alto para que la oigan en el número 6.) Sí, vamos al muelle.

ANS. (Volviéndose.) Sí, al muelle. (No ve á nadie.) ¿Pero á quién se lo dice? Esta niña es tonta.

ESCENA XI

CARDÍN, SANTOCILDES é HIDROQUINONA. Santocildes habla en falsete. Hidroquinona está muy ronco. Este último viene provisto de máquina fotográfica

CARDÍN (Salen.) Por aquí, pasen por aquí.

SANT. (Sacando una tarjeta y dándosela.) Tenga la bondad.

HIDRO. (El mismo juego.) Ruégole...

CARDÍN (Con una tarjeta en cada mano leyendo.) Evaristo

Santocildes, redactor de «El Eco Mundial». Rufino Hidroquinona, corresponsal fotográfico de «La voz artística». Especialidad en ampliaciones. (Dejando de leer.) Bueno, ¿cuál es el de la voz y cuál es el del eco?

HIDRO. (Con la voz muy ronca.) El de la voz soy yo.

CARDÍN (Aparte.) No lo parece.

SANT. Dos palabras para explicarle el asunto que nos trae.

CARDÍN Soy todo oídos.

SANT. ¿Ignora usted que un huésped suyo ha sido detenido anoche por una bronca que armó con motivo de la lucha greco-romana?

CARDÍN Lo sé.

SANT. ¿Sabe usted que está detenido en el Gobierno civil?

CARDÍN También estoy enterado.

SANT. ¿Ha leído usted esta mañana *La voz de Guipúzcoa?*

CARDÍN No, señor.

SANT. Pues en ella aparece un artículo sensacional firmado por César San Martín, su huésped, en el que afirma que protestó de la lucha, porque ese Nicar, que se hace pasar como de nacionalidad austriaca, es un tal Nicasio Cerro, que estudió con él en Madrid, y que ese Derricla que figura como búlgaro y mudo, es un aragonés del propio Ricla, llamado Valentín. Que según confesión de los mismos vence cada noche el que acuerda la empresa, y que no pudiendo resistir tanta farsa protestó del espectáculo.

CARDÍN De ahí vino la riña entre don César y un espectador...

HIDRO. Su esposa, una hija, el novio y hasta una cuñada.

SANT. Una verdadera batalla campal.

HIDRO. La guerra europea al lado de la de anoche, una chacota.

CARDÍN Bueno, ¿y qué desean ustedes?

SANT. El gobernador va á comprobar los extremos denunciados por don César, y, de resultar ciertos, suspenderá el espectáculo para que no se engañe al público, y como éste es asunto verdaderamente del día, trata mi

amigo Hidroquinona de sacar una fotografía de la alcoba que habita su huésped, para enviarla á los periódicos diciendo: «Don César San Martín escribiendo en la habitación del hotel Cardín, el famoso artículo que ha producido honda sensación en la colonia deportiva de San Sebastián »

CARDIN Me ocurre una duda.

SANT. Diga.

CARDÍN ¿Cómo va á retratar la habitación con el huésped, sin estar él?

HIDRO. (Ríe.) ¡Je, je, je!...

CARDÍN (Aparte.) No veo que la cosa tenga gracia.

SANT. Misterios de la fotografía, amigo Cardín.

HIDRO. Yo le enfoco á usted únicamente la cara y aparece en un trapecio vestido de mallas y tragándose estopas encendidas.

CARDÍN (Llevándose las manos á la garganta instintivamente.) ¡Qué barbaridad!

SANT. No hace quince días hemos sacado á Romanones en un balandro con García Prieto cogiendo una merluza, y ayer mismo hemos enviado una de Maura ofreciéndole una patata á Sánchez Guerra en el Monte Ulía.

CARDÍN ¿Pero habrán ustedes obtenido la efigie de don César?

SANT. Sí, señor; como él se negaba á dejarse retratar lo hicimos de sorpresa; ahora nos falta lo que le he dicho, y si fuera posible una riña en que figurasen tres señoras y dos caballeros, publicábamos el momento origen de este pleito. Pero vamos á lo importante. ¿Cuál es su habitación?

CARDÍN Tengo el sentimiento de manifestarles que su cuarto es ese; pero está cerrado y la llave en su poder.

SANT. (Con desolación.) ¡Hidroquinona!

HIDRO. (Idem.) ¡Santocildes!

CARDÍN (De pronto.) ¿Ustedes quieren hacerme un favor?

SANT. Si está en nuestra mano ..

CARDÍN ¿Que tal resultaría una información gráfica con su artículo correspondiente, acerca de este hotel?

SANT. ¡Magnífico!

CARDÍN Por supuesto, que para poder informar del

trato, ustedes se quedan á cenar esta noche conmigo.

HIDRO. Desmigante.

CARDÍN Lo hago por ensanchar el negocio; por aquello de que el que no anuncia no vende.

SANT. Pensado con mucha sensatez.

CARDÍN ¿De modo que están ustedes dispuestos?

SANT. Desde este mismo instante. ¿Hay placas?

HIDRO. Una enormidad.

SANT. Cuando usted quiera.

(Se dirigen hacia el foro.)

CARDÍN Pues á empezar. Este piso cuenta con seis habitaciones en este costado, y saliendo por esta puerta, damos con el ropero, de gran capacidad, y los comedores... (Salen explicando la casa.)

ESCENA XII

CÉSAR y PEDRO. Sale César sin reparar en Pedro. Abre su habitación con la llave que extraerá de un bolsillo mientras dice:

CÉSAR Ya era hora de que me dejasen en libertad; buena me esperaba si no llega á deshacer el enredo el alcalde de Mataró. Me han dado todo género de explicaciones... (Viendo á Pedro.) ¿Qué quiere?

PEDRO (Muy atento.) Cepillar al señor, que lleva un poco de polvo en el codo.

CÉSAR (Extrañado.) ¡Muchas gracias! ¿Y ahora qué esperas?

PEDRO Esperaba, por si el señor necesitaba algo.

CÉSAR ¡Gracias á Dios que están ustedes atentos una vez, porque en mi vida he visto servicio más detestable que el de esta casa!

PEDRO El señor ¿desea tomar algún piscolabis?

CÉSAR No, por Dios, me han enviado una comida opípara.

PEDRO (Contento.) ¿De modo que le ha agradado al señor?

CÉSAR Sí. (Aparte.) Qué fina se ha vuelto esta gente. (Alto.) Pedro, me va usted á hacer el favor de traer agua... (Sin dsjarle acabar sale Pedro corriendo.)

PEDRO Al instante.

ESCENA XIII

CÉSAR, á poco CASTA, y después, PEDRO

CÉSAR — No salgo de mi asombro. ¿Me habré equivocado de hotel? (Da una vuelta mirando las paredes) Nada, es el mismo, no cabe duda. Pues, señor, no lo entiendo. ¿Estará mi Elenita? (Va á mirar al número 4 cuando sale Casta.)

CASTA — (Le habla con gran coquetería.) ¡Don César!

CÉSAR — Mi respetada amiga doña Casta.

CASTA — No me diga usted eso de respetada. Nada de respeto.

CÉSAR — (Aparte.) ¡Cuerno!

CASTA — Me ha dicho Floritz que anoche ha estado usted detenido.

CÉSAR — Sí, señora.

CASTA — En la mesa se ha comentado mucho el incidente de que ha sido usted víctima, y por cierto que ha habido quien ha preguntado con mucha insistencia lo que había ocurrido.

CÉSAR — (Intrigado.) ¿Sí?

CASTA — (Con desdén.) La joven esa del número cuatro.

CÉSAR — (Aparte.) ¡Bendita seas! (Alto.) ¿Y la mamá? ¿Qué ha dicho la mamá?

CASTA — La madre dice que aun no le ha visto á usted.

CÉSAR — (Aparte.) Como que he procurado no ponerme delante de ella.

CASTA — Y dice que desea conocerle para felicitarle.

CÉSAR — (Aparte.) Sí, y para arañarme.

CASTA — ¡Pobre joven! ¡Cuanto habrá usted echado de menos entre los criminales, rateros y quincenarios, una mano amiga si que también cariñosa, que le hiciese compañía en su soledad!

CÉSAR — No, señora, no he echado nada de menos. (Mirándose en los bolsillos.)

CASTA — Alguien que le tratase cariñosamente...

CÉSAR — Más que el guardia dos mil veintisiete que he tenido á mi lado, es imposible.

CASTA Pero un guardia no es una mujer...
CÉSAR Ni mucho menos.
CASTA Y usted lo que necesitaba era un ser delicado que comprendiendo su triste y excepcional situación, le diera ánimos.
CÉSAR (Comprendiendo la intención de ella.) ¡Ay!
PEDRO (Entrando con servicio.) Aquí tiene usted esto.
CÉSAR ¿El qué?
PEDRO La cerveza.
CÉSAR (Extrañado.) ¿Qué cerveza?
PEDRO ¿No ha pedido usted agua?
CÉSAR Sí.
PEDRO Pues tengo orden de la señora que siempre que pida usted agua se le sirva cerveza.
CÉSAR Si yo para lo que necesito el agua es para lavarme.
PEDRO ¡Ay! usted perdone, usted disculpe... usted... (Sale corriendo.)
CÉSAR Usted está loco.
CASTA La dueña, que tiene fama de tacaña, sirve cerveza á un huésped que sólo pide agua. Le felicito.
CÉSAR Confieso que no me explico tanto desprendimiento.
CASTA No soy curiosa; pero, unido esto á que usted no come con nosotros, se me hace todo tan extraño...
CÉSAR Señora, yo no como en la mesa, porque... (Deteniéndose.) porque no puedo comer delante de gente. Como con los dedos, como los niños, hago juegos malabares con los platos. No puedo estarme quieto.
CASTA Es usted original hasta en eso. Es indudable que doña Fe, puesta á elegir entre su esposo y usted...
CÉSAR (Adivinando y amoscado.) ¿Qué?
CASTA ... usted sería el victorioso.
CÉSAR ¡Qué atrocidad!
PEDRO (Aparece con dos toallas, un frasco de colonia, una caja de jabón y un jarro con agua. Se dirige al cuarto de César.) Aquí va el agua.
CÉSAR (Sorprendido, lo mismo que Casta.) ¿Pero qué lleva usted ahí?
PEDRO Agua, dos toallas, una afelpada y otra lisa, jabón de Heno de Pravia y colonia.
CÉSAR ¡María Santísima!

(Casta se sonríe. Pedro entra todo, y sale cerrando con llave que se lleva.)

CASTA (Sonriente.) Creo que ya no podré dudar.

CÉSAR (Indignado.) ¡Señora de Floritz!...

CASTA Mi nombre es Casta.

CÉSAR (Aparte.) Por antonomasia. (Alto.) Señora, usted perdone, pero no podemos continuar hablando de un asunto falto de toda base. A los pies de usted. (Sale por el foro. Aparte.) Es preciso que me mude de hotel, y cuanto más pronto mejor. Voy á preguntar...

ESCENA XIV

CASTA. En seguida FE, MARICHU y PEDRO

CASTA (Viéndole marchar.) ¡Grosero! ¡Ah! me ha herido en mi amor propio; pero, juro, que me encontrará. Floritz sabrá vengarme. Fíese usted de las patronas que parecen tacañas. (Pasea deprisa muy excitada.)

(Sale Fe con tres ó cuatro cuadros y un despertador. Pedro lleva un colchón enrollado y Marichu una alfombrita de pies, una percha y un loro disecado. Al salir se dirigen todos al cuarto de César que abrirá Pedro y entrarán él y Marichu lo que llevan y lo de Fe que lo dejará arrimado á la puerta mientras habla con Casta. Cuando termine la escena ó un poquito antes, saldrán Pedro y Marichu, y echando Pedro la llave, se la da á Fe que la recogerá y guardará, yéndose con ella.)

CASTA (A Fe) ¿Tiene usted nuevo huésped?

PÍO No, señora; es que trato de adecentar este cuarto, porque verdaderamente está servido con el desecho de las demás habitaciones.

CASTA (Con retintín) Y ahora van á resultar las de más desecho de ésta.

FE (Extrañada del lenguaje.) ¿Eh? ¿Y á usted, quién le da vela en este entierro?

CASTA Puede que haya entierro cuando se entere el señor Cardín.

FE (Comprendiendo.) Señora, usted padece de ataques.

CASTA Ataques hay aquí, pero es á la moral.

FE ¿Pero, qué está usted diciendo?

CASTA ¿De modo que ese señor tiene despertador?

FE Y si no suena el que le pongo, está en la casa mi marido para llamarle.

CASTA (Con intención.) ¿Para llamarle qué?

FE (Fuera de sí.) ¿Sabe usted lo que le digo?; que desde hoy, si quiere continuar en la casa, paga usted dos pesetas más, y su marido otras dos.

CASTA Eso se lo cuenta usted á mi esposo.

FE En cuanto venga.

CASTA ¡Qué cinismo!

FE (Agarra una silla, pero se contiene.) Vaya, señora, hemos hablado bastante. Ya lo sabe usted; ó cuatro pesetas más, ó se trasladan. (Sale seguida de Marichu y Pedro.)

ESCENA XV

CASTA; en seguida CÉSAR

CASTA Sí, señora, que me trasladaré; pues no faltaba más. ¡Juro que se acuerda de mí!

(Sale César precipitadamente á su habitación, la que encuentra cerrada, y como loco anda de un lado á otro queriéndose meter en alguna parte encontrando todo cerrado, hasta que al fin, sin reparar en nada, ve abierta la puerta del cuarto número 1, ó sea el de Casta, y entra en él. Ella, al verle entrar, da un suspiro de satisfacción.)

CÉSAR (Al ver la puerta suya cerrada.) ¡Maldición! No recogí la llave.

CASTA ¿Pero, qué le ocurre á usted?... ¡César!... ¡César!

CÉSAR (Entrando.) Aquí. Señora, usted dispense.

CASTA ¡Ah! Ya es mío. He de humillarle, para que sepa que no todas somos patronas. (Entra en su cuarto y cierra por dentro. Se oyen voces.)

ESCENA XVI

ELENA, MISERICORDIA, FE, PÍO y ANSELMO. Traen á Misericordia con una bata de bañera.

PÍO Vamos, vamos; no hay que alarmarse.

FE ¿Pero, qué es lo que ha ocurrido?

ELENA Que por precipitarse al embarcar, se nos ha caido al agua en el muelle.
ANS. Y lo ha roto.
MISER. Mire usted; tenía el presentimiento.
ELENA Y se ha salido con la suya.
FE ¡Qué horror!
MISER. He sido acometida por un tiburón.
ANS. No diga usted tonterías; sería una anguila.
MISER. Tiburón y buen tiburón, que lo ví perfectamente. Un animal más grande que usted.
PÍO Era el dueño de la barca que se tiró á salvarla.
FE ¿Y esa ropa?
ELENA Una bañera nos la ha proporcionado. Tome usted la suya, para que se seque. (Se la da.)
MISER. Y arrégleme la cama.
PÍO (A Misericordia.) ¿Quiere usted tomar un poco de agua para el susto?
MISER. ¿Más líquido del que he tragado?, no.
PÍO Entonces, tráigala para Elenita, que se lo ha llevado atroz.
FE Voy, voy inmediatamente. (Sale Fe.)
PÍO (Aparte á Anselmo.) Creí que se nos ahogaba.
ANS. (Aparte á Pío) Yo también, porque ¿quién movía á este ballenato?
PÍO Por si acaso, voy á buscar un médico.
ELENA No hace falta.
PÍO Sí, sí; me interesa mucho su salud. (Vase foro.)
MISER. Fíjate, hija, fíjate; eso es un hombre.
ELENA Un hombre, viejo.

ESCENA XVII

DICHOS; VALENTÍN; después MARICHU

Sale Valentin con un periódico en la mano, y con cara de pocos amigos. Se dirige á la habitación de César y llama; como no le responden, trata de abrir, pero al ver que está cerrado, se pone á pasear de foro á candilejas en el lado derecho. Los demás le observan

ELENA ¿Te sientes mejor?
MISER. Si no estoy mala. En cuanto esté arreglada la cama, duermo la siesta. Pasó el susto, y

me he quedado bien. El que me asusta, es ese tío. (Por Valentín.)

ELENA (Aparte á su madre.) Y á mí también.

MISER. (A Elena y Anselmo, pero en voz alta en forma que lo pueda oir Valentín.) Decididamente, cuando no me pregunta qué me ha pasado, es que ese bárbaro es mudo.

VAL (Indignado y en aragonés neto.) ¡Otra qui Dios! pero no soy manco. (Se pone en disposición de luchar y todos quedan aterrados.) Y en el sitio de Zaragoza no se disparó tanto cañonazo como golpes va á haber aquí.

MISER. (Con temor.) ¿Pero usted no es búlgaro?

VAL. Del propio Ricla, léalo usted ahí; yo no engaño á nadie. De Ricla. (Señala el cartel.)

MISER. Yo creía que era usted mudo.

VAL. Mudo he sío, cuando no he contestaq á las barbaridades que usted ma dicho; pero hoy me van á oir los sordos.

ANS. ¿Qué es lo que ocurre?

VAL. Que el Gobernador no me deja luchar; que me quitan el pan; pero á alguno se le indigesta la corteza.

(Sale Marichu con el refresco para Elena y se extraña mucho de oir hablar á Valentín.)

ANS. ¡Qué barbaridad! Esto no es hotel, esto es una película.

VAL. Un cuadro de colorines, porque á alguien le pongo de oro y azul.

MAR. ¿Ha roto á hablar? ¿no es mudo, pues?

ELENA (A Misericordia.) ¡Si es mudo, revienta!

ANS. Revienta... á uno, pues.

ESCENA XVIII

DICHOS y SEVERO FLORITZ

SEV. Buona sera.

ANS. Muy buenas.

SEV. (Reparando en Misericordia.) E doña Misegicogia un *ábito* di carnavalo. Sempre de bromo questa donna. (Va á su habitación y llama.)

MISER. (A Valentín.) Pues, nada, amigo, usted debe tranquilizarse.

(Floritz sigue llamando y como no le contestan, mira

por la cerradura, hace un gesto como que no ve nada, y aplica el oído; como simula que oye algo, no se le ocurre otra cosa que echarse al suelo y mirar por la rendija inferior de la puerta, levantándose rápidamente, demudado, á su debido tiempo.)

VAL. ¿Sabe usted la copla que cantan en Ricla? Oígala:

Recitado.

«¿Quién ha dicho que esta noche
nadie toca la vihuela?
Que salga quien lo haiga dicho
que aquí hay uno que la tiempla.»

ANS. ¡Qué bonita, deme usted una copia!

VAL. ¡Conque calcule usté si siendo de Ricla, me voy á quear así!

MISER. Ya veo que está usted templado.

SEV. (Levantándose del suelo.) ¡Oh! ¡Dío! La mía vendetta sira dispampanantti la mía donna con un home.

MISER. ¿Qué pasa?

ANS. ¿Otro lío?

SEV. ¡Ma donna con un sinvergoncha!

VAL. ¡Agua!

SEV. (Farruco.) ¿Aigua? ¡Sangri! (Vuelve á golpear la puerta, diciendo:) ¡Abri, traidota; abri, vil canalla, abri y te mato!

ANS. No la diga eso.

VAL. (Yendo á la puerta.) ¿Pero usted quiere abrir la puerta?

SEV. E ío non volo otri chosa.

VAL. Pues, aguarde. ¡A una, á dos, y á...

(Se abre la puerta antes de que lo intente Valentín y aparece César con la careta de tirar y con el sable en la mano.)

ELENA (Reconociéndole por el traje.) ¡El!

MISER. ¿Quién es él?

ELENA ¿Tú?

MISER. ¿Tú? (Extrañada de oir á Elena también, le quita la careta y le reconoce.) ¿Pero, quien es? ¡Granuja! ¡Sinvergüenza! El tío del seis; por eso no le veía nunca.

(César huye asustado. Sale Floritz, que entró en su habitación á raíz de salir César, con otro sable y también le persigue. Valentín se le pone delante y dice:)

VAL. ¡Al que toque á este hombre, le hago polvo:
CESAR (Dando una patada á Valentín que está delante.) ¡Yo no necesito defensores!
(Sale Casta.)
ELENA (A Floritz.) ¡Mátele usted, hombre! ¿Qué hace usted que no le mata?
SEV. ¡Io le mato!
CÉSAR ¡Al que se acerque, le divido la cabeza!
SEV. (Deteniéndose.) ¡Ma testa es el sitio volnerable!
CASTA (Se pone delante.) ¡Nadie le toque sin oirme!

ESCENA XIX

DICHOS y FE

FE ¿Qué escándalo es este?
MISER. El señor, que se la va á ganar por torpe.
FE (Se pone delante.) ¡A este hombre, nadie le pega!
ANS. (Aparte.) ¡Vaya un tío! Este hombre es Barba azul.
VAL. ¡Rece usted el Credo!
(Se abalanza Valentín á César. Fe y Casta en union de Anselmo, tiran de Valentín. Floritz y Misericordia se aprovechan para pegarle.)
CÉSAR ¡Elena! ¡Elena!

ESCENA XX

DICHOS, CARDÍN, SANTOCILDES é HIDROQUINONA

CARDÍN ¿Pero, qué pasa?
FE ¡Que pegan al del seis!
SANT. (A Hidroquinona.) ¡Oh! La escena del Circo, completa. (Hidroquinona enfoca.) ¡Corre, date prisa!
HIDRO. Imposible; le tapan.
SANT. ¡Oh! ¡El ingenio! (Saca un revólver y dispara. En aquel momento, todos se quedan en la misma actitud en que están, petrificados del susto. Este momento sirve á Hidroquinona para tirar la placa y quitándose el sombrero, saludan contentísimos y gracicsamente, diciendo:)

HIDRO Ya está. Muchísimas gracias.

(Algarabía y todos se dirigen contra Hidroquinona y Santocildes, les pegan, tirando la máquina, etc. Fe se desmaya y cae rápidamente el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La decoración representa la terraza del Gran Casino. Veladores y sillas

ESCENA PRIMERA

VALENTÍN y PICORT

PICORT — Supongamos que el aparato hinca la cola, se eleva y los mandos se ejecutan con ayuda de palancas que permiten la maniobra.

VAL. — Pues á pesar de todo eso no cuente usted conmigo para subir, porque esta misma tarde me marcho á Bilbao.

PICORT — Es que por una ascensión yo le pago cuanto gane en la mejor contrata.

VAL. — No hablemos de eso. Lo que me interesa saber es si usted es tan amigo del italiano.

PICORT — Muchísimo. Hace veinte años que le conozco y ahora me lo he encontrado que se anuncia profesor de esgrima, aunque ya por poco tiempo.

VAL. — ¿Por poco?

PICORT — Sí; ha salido con la cabeza rota, cojo y dislocado un brazo.

VAL. — Como que á él solo se le ocurre desafiar á ese César, que tira tan bien las armas.

PICORT — La dignidad....

VAL. — Otra pregunta. ¿Usted cree que podrá coger un sable pronto?

PICORT No; ese brazo ha de quedar sin fuerza para mucho tiempo.

VAL. (Aparte.) Esta es la ocasión; ahora ó nunca. (Alto.) Le dejo; tengo que preparar el equipaje.

PICORT No se marche y suba en mi aparato. Yo donde no tengo confianza es en el brazo motor; pero lleva en cambio un enorme paracaídas que salva en caso de un accidente... (Vanse ambos por la izquierda, tratando inútilmente Picort de convencer á Valentín.)

ESCENA II

CÉSAR. Después ANDRÉS

CÉSAR (Llega por la derecha, muy sombrío. Da un suspiro y como al que le importa todo una friolera, dice:) Subo á la ruleta con mis últimas treinta y cinco pesetas. Pongo cinco al dos y cinco al uno y sale el veintiuno para burlarse de mí. Me paso á color y resulta que no entiendo de colores, porque salía siempre el contrario, y así estoy hasta que me quedo con un solo duro; lo pongo á una calle... y á la cochina calle, porque lo perdí también.

«Y en Flandes conmigo dí,
más con tan negra fortuna,
que al mes de...»

AND. (Entra Andrés al empezar la quintilla y se asombra oyéndole. Cuando termina, al verle ensimismado, le dice:) ¿Qué va á ser?

CÉSAR Una hecatombe. (Sentándose.) Tráeme una botella de cogñac. (Vase Andrés.) ¡Maldita sea mi suerte! Y de todo tiene la culpa Elena. ¿Por qué á la primera mujer no se le caería la manzana de las manos?

ESCENA III

CÉSAR y ANSELMO. Después ANDRÉS

ANS. No las encuentro por ningún lado. (Reparando en César.) ¡Buenas tardes, joven!

CÉSAR Muy buenas, don Anselmo.
ANS. ¿Ha visto usted pasar á nuestras vecinas?
CÉSAR Ni las he visto ni quiero verlas.
ANS. (Riendo.) ¡Je, je! (Sale Andrés con el servicio pedido.)
CÉSAR (Haciéndole burla.) ¡Je, je!
ANS. César, desde ayer, usted no es hombre.
CÉSAR ¿Cómo?
ANS. Ayer tenía usted los demonios en el cuerpo.
CÉSAR (Bebiendo.) Hoy tengo el infierno entero.
ANS. Cálmese, y en conciencia diga: ¿está bien que sedujese usted á aquella señora?
CÉSAR (Asombrado.) ¿Yo?... ¿Quién ha levantado esa calumnia?
ANS. Ella misma, y por eso ha sido el duelo con su marido, que á poco le mata usted, cumpliéndose una vez más el refrán... de que tras de...
CÉSAR Comprendido.
ANS. Tranquilícese, porque palpablemente, veo que es usted juguete de las circunstancias.
CÉSAR Sí, señor; un verdadero juguete; soy un trompo. (Pausa.) Oiga y júzgueme. Yo, don Anselmo, soy viajante de la casa Garny de Barcelona. (Bebe.)
ANS. La conozco. Exporta muchas armas á América.
CÉSAR Me he criado solo en el mundo, porque no tengo ningún pariente, y desde la mecánica hasta el arte culinario, todo me sirvió para ganarme la vida. En uno de mis viajes á mi paso por Madrid, me enamoré de Elena, la hija de doña Misericordia.
ANS. ¿De Elenita?
CÉSAR De Elenita; de esa serpiente de cascabel.
ANS. ¡Hombre! ¡hombre! ¡De cascabel!
CÉSAR Así, como suena.
ANS. Bueno; quitémosle el cascabel.
CÉSAR Pero cuélgueselo usted á su madre.
ANS. Colgado.
CÉSAR Mi cariño iba en aumento; ella, por su parte, me correspondió, pero no contamos con la madre, que me tiene un odio africano.
ANS. ¿Por qué causa?
CÉSAR Lo ignoro. Ahora se explicará usted por qué me escondía de ella, hasta el punto de que con mi extraña conducta y el muestrario de

la casa que represento, he dado lugar á que la policía me creyera un terrible conspirador.

ANS. ¡Qué atrocidad!

CÉSAR Y gracias á que todo llegó á ponerse en claro.

ANS. Me confirmo en que lo ocurrido en la fonda, es una película.

CÉSAR Pero una película de varias partes. Anoche, desesperado, me metí en la ruleta y dejé las tres mil ochocientas pesetas que llevaba; telegráficamente pedí dinero, me dieron carta abierta y para recuperar las primeras, jugué diez mil más, que corrieron igual suerte; y hoy, al volver con la misma petición, me han dado este telegrama. (Lo saca y se lo da á Anselmo.)

ANS. (Leyendo.) «Devuelva dinero pedido y entregue muestrario á Zaldívar, que irá á recogerlo.—Garny.»

CÉSAR En fin; que estoy arruinado; con una trampa de catorce mil pesetas, que son... divida usted por cinco...

ANS. ¿Para qué?

CÉSAR Divida usted, hombre.

ANS. (Lo hace.) Dos mil ochocientas de cociente.

CÉSAR Eso, dos mil ochocientos días de carcel. Siete años y pico.

ANS. Pero, vamos por partes. ¿Por qué entró usted en el cuarto de Casta?

CÉSAR Huyendo de doña Misericordia, que venía hecha un anfibio. Mi cuarto estaba cerrado, y como la salida era imposible, en donde vi abierto me metí.

ANS. ¿Y una vez dentro, cómo se condujo usted?

CÉSAR (Suspirando.) ¡Ay, como un José!

ANS. Es decir, que en el cuarto de Casta el casto fué usted. ¿Y ella?

CÉSAR Ni me fijé.

ANS. Amigo César, me da lástima su situación y aún más el no poder servirle; todavía no he cobrado los giros que me han hecho... (Disculpándose.)

CÉSAR Nada; no se preocupe usted de mí. Tengo ya meditada la solución de mis apuros.

ANS. ¿De veras? ¡Me alegro! Me gusta ver un hom-

bre que, pasado el momento de decaimien-
to, demuestra una firmeza de voluntad, con
la cual se va muy lejos.

CÉSAR Ya lo creo que se va. (Con intención.)

ANS. Porque usted es capaz de ir muy lejos.

CÉSAR Como que no me va usted á volver á ver.

ANS. (Aparte.) Malo, malo; este hombre ha perdido
la cabeza. Su infortunio, le ha trastornado.
¡Y con el miedo que me dan á mí los locos!
(César da dos fuertes palmadas que asustan á don An-
selmo.) ¡Eh!

CÉSAR No se asuste; llamo al camarero.

ANS. (Riendo.) Es que me ha cogido de improviso.
(Don Anselmo esta asustadísimo el resto de la escena.)

CÉSAR Don Anselmo, un ruego.

ANS. ¿Cuál?

CÉSAR ¿Quiere usted pagarme esa botella? Es dine-
ro que pido de regalo. Nada de préstamo.
Porque no puedo pagar.

ANS. (Aparte.) Loco de remate.

CÉSAR (Un poco violento.) ¿Sí ó no? Las cosas claras.
¡Mi última voluntad!

ANS. (Asustadísimo.) Ya lo creo.

CÉSAR Lo pido porque á usted unas pesetas no le
hacen nada, y ésta pobre gente las necesita.
(Sale Andrés y limpia la mesa.) ¡Que el señor te
lo pague!

AND. No es para tanto, señorito.

ANS. Sí, hombre; el señor y yo. ¿Cuánto es?

AND. Seis pesetas. (César, mientras, se ha bebido tres ó
cuatro copas.)

ANS. Ahí van.

AND. Muchas gracias. (Vase.)

ANS. (Viéndole beber.) Pero, joven, yo creo que el
alcohol le hará daño.

CÉSAR (Bebiendo más.) Ya es tarde para consejos.

ANS. (Aparte.) ¡Y tan tarde! Se ha bebido media
botella. Yo no me quedo solo con él. (Alto.)
Amigo César, tengo que hacer. Hasta... has-
ta la vista... (que no me verás.)

CÉSAR Gracias por su obsequio. Deme usted un
abrazo.

ANS. No merece la pena... (Huyendo.)

CÉSAR Sí la merece. (Violento.)

ANS. (Sin querer contradecirle y abrazándole.) La merece,
sí, señor.

CÉSAR Otro abrazo; el último.
ANS. (Mochales completamente. ¡Pobre muchacho! (Vase.)

ESCENA IV

CÉSAR. Después ELENA

CÉSAR Hay quien sale al mundo sentado ó de pie; yo debí caer de nuca, indudablemente. Cuando apure la última copa me quitaré de en medio, y ojos que no ven, corazón que no siente. Como no tengo costumbre (Bebe á sorbos.) voy notando un calor irresistible.
ELENA (Sale. Aparte.) ¡Era verdad! No me ha engañado don Anselmo.
CÉSAR (Alegrito.) ¡Elena!
ELENA César, había jurado no volverte á ver.
CÉSAR Y yo había jurado lo mismo.
ELENA Dame esa botella, no bebas.
CÉSAR El cognac es el ave fénix, el principio vital...
ELENA Hazlo por mí. ¿No soy para ti nada?
CÉSAR Nada. (Viendo la copa vacía.)
ELENA (Con desconsuelo.) ¡Nada!
CÉSAR ¿Y tu madre?
ELENA Jugando á la ruleta.
CÉSAR ¿Jugando ó esperando levantar un muerto? porque como vive de gorra...
ELENA (Severamente.) ¡César!
CÉSAR La verdad lisa y llana. La verdad solo la dicen los borrachos y los locos.
ELENA O los locos que están borrachos. (Pausa.) Dime, ¿es cierto lo que me ha dicho don Anselmo?
CÉSAR ¿El qué?
ELENA ¿Que has perdido una cantidad fabulosa?
CÉSAR Sí.
ELENA ¿Y qué piensas hacer?
CÉSAR No pagarla.
ELENA ¿Y no te avergüenzas?
CÉSAR No, ¿Pero á qué viene ese interés por mí, cuando á su tiempo no lo has tenido?
ELENA César, ¿dudas de mi cariño?
CÉSAR ¿No he de dudar, si desconfiaste de mí?

ELENA Motivos tengo. Has salido ante mis ojos del cuarto de una mujer, de una cualquier cosa.

CÉSAR ¡Elena!

ELENA ¿La defiendes?

CÉSAR Sí, la defiendo.

ELENA (Apoyándose en un mueble) (¡Dios mío! ¡No es un hombre, es un monstruo!...) Hemos concluído. (Vase.)

ESCENA V

CÉSAR

¿A qué hacer las paces? De este modo se olvida de mí, me odia y la triste noticia, cuando se la den, no la produce ni frío ni calor. ¡Qué calor! (Bebe.) No se dirá de mí que tengo miedo á la muerte. No existe en el mundo quien me llore; (Saca un revólver que monta.) de manera, que á nádie perjudico. ¡Ea; fuera miedo! (Coge la pistola y se apunta frente á la sien En este momento entran Picort y Pío.)

ESCENA VI

CESAR, PÍO y PICORT

CÉSAR (Apuntándose.) Adiós, mundo amargo.

PÍO (Deteniéndole.) ¿Qué es eso, amigo?

CÉSAR Que un servidor va á tener el honor de suicidarse en cuanto ustedes den media vuelta.

LOS DOS (Sujetándole.) ¡Caracoles!

PÍO ¿Y por qué esa resolución?

CÉSAR Porque estoy deshonrado; porque no tengo un real y porque estoy desesperado, ea. (Levantando la pistola.)

PÍO (Conteniéndole.) Joven, tome usted el real y no se mate.

CÉSAR ¡Qué real ni qué ocho cuartos!

PICORT (Con interés.) Pero, ¿por qué se mata usted?

CÉSAR Porque he pedido cantidades á crédito y las he perdido en el juego; y, sobre todo, que sufro contrariedades amorosas y eso no lo aguanto. (Desesperado.)

PICORT Vamos, sí; cosas de juego todas.

PÍO ¿Su mujer le ha salido libre, y dispense usted la expresión y la pregunta?

CÉSAR No, señor; soy soltero. (Bebe.)

PÍO (Aparte.) ¡Soltero! ¡Qué idea! (Alto.) ¿Y está usted decidido á matarse?

CÉSAR Tan decidido, que solo espero que ustedes se separen un poco, porque desde ayer me sale todo tan mal, que si apunto á mi cabeza estoy seguro dar á uno de ustedes. (Apuntándoles.)

LOS DOS (Agachándose.) ¡Zapateta!

PÍO No apunte usted á ningún lado por ahora. don César. Calma, mucha calma y óigame: ¿A usted no le sería lo mismo matarse dentro de unos días?

CÉSAR ¿Unos días?

PÍO (Como aquél á quien también le conviene.) Hombre, sí; una semana.

CÉSAR No, señor; yo quiero matarme ahora mismo. (Se apunta; lo sujetan.)

PICORT ¡Quieto! Por Dios, joven. (Pausa.) Yo le doy mil duros por aplazar su muerte.

CÉSAR (Guardándose el arma é intrigado.) ¿Cómo mil duros? (Bebe.)

PICORT Usted se mata dentro de una semana, para hacerlo con todo el aparato que requiere su persona. Ha de quitarse usted la vida con asombro del mundo y la admiración de los veraneantes, no así en la sombra y con una pequeña gacetilla que diga: «Ayer apareció en el Casino el cadáver de un joven, muerto de un tiro con una magnífica pistola de la casa X.»

PÍO Dice bien; eso, casi es un anuncio.

PICORT Usted debe morir por algo grande, cayendo desde una altura de miles de metros. Aparecería su retrato en los periódicos.

PÍO Sería usted envidiado por todos... por todos los que también quisieran suicidarse.

CÉSAR ¿Y cómo realizo esa grandiosa muerte?

PICORT Subiendo el lunes en un aeroplano de mi invención.

PÍO ¡Asombroso! (Aparte.) Cómo se aprovecha éste.

PICORT Yo presento mi aparato al concurso de Vitoria: lo he construído pero no me atrevo á

probarlo, y no encuentro piloto que se preste á ello... y... ¡vamos! á usted que desea matarse, le diré francamente que hasta tengo mis dudas de que no le ocurra una catástrofe al que se decida.

PÍO (Animándole.) Un nuevo aliciente para el señor.

PICORT Si usted sube en mi biplano el lunes próximo, le doy cinco mil pesetas, y corren de mi cuenta los gastos de un entierro decoroso.

PÍO (Animándole.) Una ganga, una verdadera ganga; yo aceptaría.

CÉSAR ¿Y para qué quiero el dinero después de muerto?

PICORT Como el dinero lo entrego ahora mismo, paga usted sus deudas, y puede morir descansado.

PÍO Eso; el que paga descansa. Más vale morir con honra que sin ella. (Animándole)

CÉSAR (Refiriéndose á Elena y aparte.) ¡Sin ella! (Alto) Tiene usted razón. Acepto.

PICORT Voy por el dinero. (A Pío, aparte.) No le deje usted solo por si acaso se le olvida el trato y se mata antes.

PÍO (A Picort aparte.) Descuide (Aparte.) Por la cuenta que me tiene. (Vase Picort contentísimo por haber encontrado una víctima. Pasa Andrés. César se sienta y á su lado Pío. A Andrés.) Dos bocks de cerveza.

ANDRÉS ¿Chicos?

PÍO Dobles. (Vase Andrés.)

ESCENA VII

CÉSAR y PÍO

PÍO (Con misterio.) Ya que estamos solos, quiero hacerle una proposición.

CÉSAR ¿Subir conmigo? Hecho.

PÍO ¡Un demonio! La gloria esa se la dejo á usted solo.

CÉSAR Muchas gracias.

PÍO ¿Dice usted que es soltero?

CÉSAR Soltero y solo en el mundo: desgraciadamente, nadie llorará mi muerte. (Aparte.) ¡Ni ella!

PÍO (Aparte.) ¡Pobre joven! (Alto.) Pues á mí también podía usted hacerme un favor, corres-

pondiéndole yo con cinco mil pesetillas para añadirlas á las juerguecitas que correrá usted esta semana.

CÉSAR ¿En qué puedo servirle?

PÍO ¿Usted está decidido á quitarse la vida, aunque se la respete el aeroplano?

CÉSAR ¡Ya lo creo!

PÍO ¿Y no le sería lo mismo matarse casado que soltero?

CÉSAR ¿Casado?

PÍO Es casi un enigma. Yo soy viudo, en buena hora lo diga: mi señora, era la que aportó el dinero á nuestra unión, fíjese usted.

CÉSAR Me fijo.

(Sale Andrés con dos bocks, los deja y vase.)

PÍO Ella tenía doble edad que yo. Era alemana, fíjese usted. (Bebe.)

CÉSAR Me fijo; doble... alemana. (Se lo bebe todo.)

PÍO La soporté con la esperanza de heredarla, y cuando enfermó, la busqué el doctor de más cartel...

CÉSAR ¿El más Machaquito.. de los doctores alemanes?

PÍO La pobre murió. (Bebiendo largamente.)

CÉSAR ¡Qué trago para usted!

PÍO Pero en su testamento me señalaba una renta de quince pesetas diarias durante diez años, al cabo de los cuales la perdía, así como el capital íntegro, si me casaba con una mujer soltera.

CÉSAR ¡Qué rareza! (Se le va notando algo mareado.)

PÍO Aún hay más: de casarme con una viuda todo es para mí, porque ella siempre creyó que me horrorizaban las viudas.

CÉSAR ¡Claro! A usted las que le gustarán serán las solteras.

PÍO No, porque también me gustan las casadas; me gustan todas, todas menos las... viejas. Ahora mismo ando detrás de una solterita.

CÉSAR ¿Preciosa?

PÍO (Escamado.) No, fea; pero es mi tipo: y no me puedo casar con ella, porque no es viuda.

CÉSAR Si es soltera...

PÍO Por lo cual, al ver que usted está decidido á matarse, se me ha ocurrido una idea.

CÉSAR ¿Matarse conmigo?

PÍO — No, hombre; casarle á usted con mi novia por poderes, siempre que usted se comprometa á que quede viuda inmediatamente.

CÉSAR — ¿Y dice usted que es fea?

PÍO — Hombre, lo es; pero, á mí, no me lo parece.

CÉSAR — (Aparte.) Mejor; así verá Elena por quién la sustituyo. (Alto.) Pues, nada, haré viuda á su novia, porque, antes de seis días, mi alma volará en el aeroplano.

PÍO — Pero, ¿y si no se matase en la caída?

CÉSAR — Me mato con esto. (Saca la pistola)

PÍO — No, hombre, ahora no, que el diablo las carga.

CÉSAR — Descuide usted, que no me mataré.

PÍO — Tampoco eso: usted tiene que morir á fecha fija. El lunes es la ascensión.

CÉSAR — Siempre cae en jueves.

PÍO — La ascensión del aparato. ¡Qué bromista! Pues bien; en caso de salir ileso de esta prueba, el martes se pega usted un tiro con esa pistola.

CÉSAR — No; el martes es aciago, podía pasarme algo malo.

PÍO — Bueno; pues el miércoles.

CÉSAR — Si le parece, lo dejaremos para el jueves.

PÍO — Corriente: el jueves siguiente al día de la ascensión, requiescant in pace ¿Eh?

CÉSAR — Aceptado. Vengan las cinco mil pesetas.

PÍO — ¿Trato serio? (Saca la cartera y billetes de mil pesetas.)

CÉSAR — Yo no tengo más que una palabra. Vengan esos cinco.

PÍO — Ahí van. (Le da la mano.)

CÉSAR — ¡No! (Retirándole la mano.) Esos cinco billetes de á mil.

PÍO — Ahí los tiene. (Se los da. César los coge.)

CÉSAR — Me caso cuando usted quiera. (Guarda el dinero.)

PÍO — Y me deja usted á la viuda incólume.

CÉSAR — Es verdad; no había pensado... (Pensativo.) Eso merece algo más de las cinco mil pesetas. Suba usted siquiera á diez mil.

PÍO — Pero ¿y si después de la boda se arrepiente usted?

CÉSAR — No sería el primero. (Sentenciosamente.)

PÍO — Digo, si se arrepiente y no se mata.

CÉSAR Con devolverle á usted el dinero...
PÍO ¡Narices! ¿Y la novia?
CÉSAR Es verdad: esa no me la admitiría ya.
PÍO Otra idea. Escriba usted un papelito que diga: «Señor Juez, no se culpe á nadie de mi muerte» y firme.
CÉSAR ¿Con qué objeto?
PÍO Para mi seguridad; porque si llegado el trance, le falta valor para ello, yo me encargo de despacharle para el otro mundo por la cuenta que me tiene, sin responsabilidad.
CÉSAR Ahora caigo que eso vale por lo menos cinco mil pesetas más.
PÍO Antes iba usted á matarse de balde, y ahora...
CÉSAR Antes estaba sin un cuarto, y ahora... no puede ustéd pensar lo que cuesta suicidarse teniendo dinero. (Lo saca.)
PÍO Dinero mío...
CESAR ¿De usted? ¡Como diga tal, le pego un tiro! (Saca la pistola.)
PÍO (Aterrado) Por Dios, joven, pues si me mata á mí la hago buena. Perdone, no he querido ofenderle. Tome todo lo que pide; (Le da otras cinco mil.) pero firme el papelito y deme el revolver no vaya á matarse antes del casamiento.
CÉSAR Venga. (Coge el dinero y le da el arma y escribe.) «Señor Juez de guardia: Me mato porque me conviene. No se culpe á nadie de mi muerte. César San Martín.» (Rubrica y se lo entrega.)
PIO ¿Pero lo ha hecho con lápiz?
CÉSAR ¿Cree usted que para suicidarse es indispensable la pluma estilográfica?
PÍO ¿Será valedero? (Escamado.)
CÉSAR No tema usted que después de muerto le reclame nada, ni aun á la viuda; y, apropósito, ¿quién es ella? ¿Dónde está?

ESCENA VIII

DICHOS. PICORT

PICORT Aquí estoy con el dinero. Acabo de encargar unos programas anunciando para el lunes el vuelo de mi aparato tripulado por

usted. Ya digo en ellos que tendrá lugar un espectáculo sensacional, y he puesto en letras gordas, «San Martín en un biplano.»

CÉSAR No lo van á creer.

PICORT (Dándole el dinero.) Tome usted. (A Pío, aparte.) ¿Está convencido?

PÍO (Como que tengo en mi poder el revólver.)

PICORT (Puede comprar otro.)

PÍO (Con no dejarle solo...)

CÉSAR (Guardándose el dinero.) Está bien.

PÍO (Aparte á César.) (No diga usted á nadie nuestro trato.)

CÉSAR (A nadie.)

PÍO (Juro, como me llamo Pío García, que contribuiré á su entierro; pero, al morir, no pronuncie usted mi nombre.)

CÉSAR (Descuide usted, que no diré ni pío.)

PICORT Ahora, vamos á que aprenda usted el manejo del aparato.

CÉSAR Sé algo de mecánica.

PICORT Entonces, volará usted con éxito.

PÍO (A César.) Acuérdese .. (Indicándole que se mate.)

PICORT Vamos por los programas y de paso le haré unas tiras para las esquinas.

CÉSAR (Este me hace tiras; este otro me recomienda los tiros, y el caso es que ahora, con dinero, voy sintiendo un apego á la vida como nunca lo he tenido.) Vamos, y sea lo que Dios quiera; ¡sin ella para qué vivir!

PICORT Vamos. (Vanse por el foro César y Picort.)

ESCENA IX

PÍO

(Leyendo el papelito que firmó César.) Está bien: «Señor Juez: Me mato porque me conviene.» Indica que su conveniencia es quitarse la vida. Esto está muy claro; no tendrá duda el Juez. De modo, que el jueves se matará de un tiro, si antes no lo ha hecho en el aire; y si no, el mismo jueves, donde le vea solo, ¡pum! y le coloco el papelito entre los dientes, para que el Juez no tenga que andar buscando. (Vase leyendo el papelito.)

ESCENA X

ELENA y MISERICORDIA

MISER. No he visto criatura más sosa que tú. No te gusta venir al Casino. La culpa de todo, la tiene ese tipo.

ELENA (Enfurecida de pronto.) ¡Mamá, déjale en paz!

MISER. No sé cómo te voy á decir que estamos sin un cuarto y me temo un porvenir terrible como no te decidas á hacer lo que te aconsejo. Don Pío es al que tienes que catequizar. Tiene una combinación para lograr nuestra felicidad y nosotras estamos sin un céntimo. Si yo estuviese en tu pellejo aceptaría desde luego sus proposiciones. (Mientras la madre habla, ella mira indiferentemente por el ventanal.)

ELENA (Allí va César del brazo de unas... señoritas, y en mis propios ojos, ¡miserable! ¡libertino!) (Decidida.) Te juro, que con él no me caso. Antes lo haré con el primero que se presente.

ESCENA XI

DICHOS y DON PÍO

PÍO (Entrando.) Buscándolas estoy hace un gran rato. (Aparte á Misericordia.) Está todo arreglado; luego se lo explicaré.

MISER. Don Pío, ¿cuánto me prestó usted ayer?

PÍO No se preocupe usted del dinero; porque entre nosotros, si Elena quiene, y me alegro que esté delante, ya no habrá aquello de tuyo ni mío.

ELENA ¿Eh?

PÍO Quiero decir que si esta angelical criatura acepta, yo tengo un partido ventajosísimo para ella.

ELENA ¿Usted? (Con desprecio.)

PÍO ¿Yo? (Conteniéndose al figurarse el efecto.) ¡Qué disparate!... y no es por falta de deseos. (Elena,

para no mostrar su repugnancia, se sube al foro, asomándose al ventanal.) Mi pretendiente.. .digo, el suyo, es un muchacho joven, distinguido, guapo... que dentro de poco ocupará una posición... elevada. (Marcando mucho lo último.)

MISER. Pues, hija; tú eres la que tiene que decidir, porque en este asunto, no me gusta torcer tu voluntad. (A Elena, que está llorando.) (¡Como digas que no, te machaco la cabeza!)

ELENA (Decidida.) No hace falta. Le dije á usted que al primero que se presentase le diría que sí. Me corre prisa el casarme. Acepto, pero ha de ser en seguida. (Llorando nerviosísima.)

PÍO ¡Ah, me hace usted feliz!

ELENA ¿A usted? (Horrorizada.)

PÍO A mi protegido. (Disimulando.)

MISER. (Dándola un beso.) ¡Hija de mi corazón! Si tu padre levantara la cabeza... por más que no, que no la levante, porque con la cabeza levantaría también el codo. (Elena se sienta llorando. Don Pío y doña Misericordia hablan aparte en el otro extremo.) ¿Cómo lo ha arreglado usted?

PÍO Muy fácilmente. Hay un hombre que se casa con ella y morirá el martes ó lo más tarde el jueves.

MISER. ¿Quién sabe? (Dudando.)

PÍO El jueves; respondo yo. (Con gran seguridad.) Después, cuando sea viuda, entro yo de refresco. (Muy satisfecho.)

MISER. Don Pío, usted no está bueno.

PÍO ¡No he de estarlo! Va á subir en el aeroplano de Picort.

MISER. Se mata, de seguro. ¿Estás decidida?

ELENA (Levantándose con resolución.) Sí, sí; pero deseo casarme en seguida, pronto; ahora, si es posible.

PÍO Ahora no puede ser, pero el lunes sí.

ELENA ¿El lunes? Arréglelo usted todo, porque me caso el lunes sin falta; no espero un día más. (Vase llorando.)

MISER. ¡Qué prisa! Pero, vamos á ver; ¿por qué ha elegido usted el lunes?

PÍO Se casará ese día, porque por la tarde, puede que sea viuda. Y yo pretendo, y justificará usted mi conducta, que este esposo que he buscado, no conozca á Elena, ni ella á él.

MISER. Bien pensado. Pero, entonces, ¿cómo se casan?

PÍO Por poderes ustedes salen esta noche para Madrid, poniendo yo antes un telefonema para que les vayan preparando los papeles. El lunes por la mañana se verificará el casamiento, en la corte, por parte de ella, y aquí por la de él, y el mismo lunes por la tarde, queda viuda.

MISER. ¿Y por qué se queda usted aquí esos días?

PÍO Para matar... para matar el tiempo. (Disimulando.)

MISER. Entonces hay que preparar el viaje.

PÍO Naturalmente. ¿Dónde está bautizada?

MISER. En San Ildefonso.

PÍO (¡Lo que son las cosas! Su bautizo procede de San Ildefonso, su casamiento de San Sebastián y su viudez de San Martín... ¡Luego dicen que no ayudan los santos!)

(Viene mucha gente á agolparse sobre la barandilla de la terraza, mirando á un costado y al cielo.)

MISER. ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

PÍO (Asomándose y tras una pausa.) ¡Horror! ¡Señora, ahí arriba va su hijo!

MISER. ¿Qué hijo?

PÍO Su futuro yerno. Antes de casarse...

MISER. ¿Que en ese aeroplano va el que tenía preparado para marido de Elena?

PÍO ¡Histórico, señora, histórico!

MISER. Como tarde mucho en bajar, muero de aneurisma. (Salen á la terraza, pero viendo el público el grupo que los dos forman aparte de todos, siguiendo las evoluciones del aeroplano.)

ESCENA XII

DICHOS en el foro y DON ANSELMO y SEVERO FLORITZ (éste vendado cara y brazo y apoyándose en un bastón)

SEV. ¡Io lo mato! Sono molto desgrachiato.

ANS. ¿Pero, qué le pasa?

SEV. S'ascapato. Casta es corrida á Madrid.

ANS. ¿Y con quién se ha escapado?

SEV. Con il aragonés.

ANS. ¿De Ricla?

SEV. Il tío de la forsa.
ANS. ¿Qué mira esta gente?
MISER. Que tengo un hijo en el éter.
PÍO (Dando un grito desgarrador.) ¡Ay!
LOS DOS ¿Qué pasa? (Todos corren á él.)
SEV. ¿Ma qui esto? (Subiendo al foro.)
MISER. ¿Cayó? (Con desaliento.)
PÍO (Afirmando, vuelve á la escena trémulo.) ¡Cayó!
ANS. ¿Pero el aparato sigue volando?
MISER. Pero, ¿él cayó?
PÍO Sí, señora, ¡cayó!
MISER. ¡Pobre hija! ¡Viuda antes de casada!
PÍO ¿Para qué me sirve esto? (Sacando el papel que le firmó César.)
ANS. ¡No lo entiendo!
PÍO ¿Dónde encontrar otro?
ANS. ¡Pobre aviador!
PÍO El único aviado soy yo. (Cae sentado en una silla.)
MISER. Y yo. (Idem.)
SEV. E ío. (Idem.)
ANS. Película. Todo esto es una película. (Riendo al ver el cuadro.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Aparece la escena como en el acto primero. Cada personaje ocupa la misma habitación, á excepción del núm. 4, que ahora utiliza don Pío. El cartel del circo será sustituído por uno de teatro. Y el de los toros con los nombres de otros matadores, figurando otra corrida, porque han transcurrido siete días. El almanaque marcará la fecha del 28 de Julio.

ESCENA PRIMERA

DON ANSELMO, con gorra, y DON PÍO; ambos sentados

ANS. Lo que ocurre en esta fonda son verdaderas escenas de cine.

PÍO Como usted ha estado seis días en cama con fiebre, no ha podido apreciarlo al detalle.

ANS. Siga, que me interesa.

PÍO Figúrese que ayer lunes César sube en el aeroplano y escucha una ovación grandísima. San Sebastián entero le trajo aquí en hombros.

ANS. Es un valiente, ya el miércoles antes le vi yo hacer unas pruebas.

PÍO Sí, pruebas... de mi paciencia, porque el caballerito por gastar una broma arrojó desde arriba el paracaídas plegado, que cayó al mar, detrás de la Isla de Santa Clara.

ANS. Ja, ja; eso lo vi yo, y todos nos creímos que era el propio aviador.

PÍO Todavía no me ha salido el susto del cuerpo. (Estremeciéndose.)

ANS. ¿Por qué? (Que no comprende tanto cariño á César.)

PÍO Es largo de contar y no de ocasión. Pues bueno, ese hombre que aquel miércoles por la tarde no tenía una peseta...

ANS. Me consta...

PÍO De repente se ve dueño de unas cuantas, las cuales se juega con tan buena fortuna que gana muchos miles de duros y ahí le tiene usted hecho un Rotchil.

ANS. ¡Sí que es suerte!

PÍO Yo no le he hecho nada. Le juro á usted que siempre que he hablado de él ha sido para ponerle en las nubes. Más alto aún de lo que ha subido y ahora salimos con que me ha tomado un odio fenomenal.

ANS. ¿Por qué?

PÍO ¡No me lo explico! Ayer me ha dicho estas palabras, que no puedo olvidar: «Sila puso á precio la cabeza de Sertorio, y éste fué asesinado por Perpenna; yo he encontrado un Perpenna por veinticinco duros. Usted es Sertorio. Yo soy Sila; arregle usted sus asuntos.»

ANS. Le advierto que la última vez que hablé con él, noté que desvariaba.

PÍO Lo que yo quiero es que usted vea cuáles son sus propósitos con respecto á mí.

ANS. Yo he de enterarme de la causa de esa inquina, yo le sonsacaré.

PÍO Me quita usted un gran peso de encima.

ANS. (Levantándose.) Y voy á arreglarme, que hoy he de salir por vez primera después del enfriamiento.

PÍO Que se mejore usted del todo.

ANS. Muchas gracias. (Entra en el núm. 3.) Me ha quedado un hipo más molesto...

ESCENA II

PÍO, en seguida MISERICORDIA y ELENA y MARICHU con maletas

PÍO La verdad es que no se me escapa, porque tengo el papelito en el bolsillo, que justifica

su muerte, pero que ese, de aquí al jueves' me estropea todas las digestiones, eso no me cabe duda. Lo mejor va á ser hacerse el fuerte é intentar meterle el resuello en el cuerpo.

MAR. (Por el foro, con maleta y bultos, lo mismo que Elena.) Pío, al verlas se queda sorprendido.) El mismo cuarto que tenían sigue sin ocupar. (Entra en la habitación núm. 5.)

ELENA ¡Qué casualidad!

MISER. ¡Don Pío!

PÍO ¿Ustedes?

ELENA (Contenta.) Aquí nos tiene ya.

PÍO ¿Pero, cómo es esto? ¿No quedamos en que el viernes nos reuniríamos en Madrid?

MISER. Eso se lo cuenta usted á mi hija, porque ayer, después de salir de la iglesa, dijo que era casada y que en ella no mandaba nadie.

PÍO Pero no me explico este rápido regreso.

ELENA Ustedes me han casado ayer mañana con un individuo que se ha unido á mí voluntariamente, y me parece lo más lógico que ya que él no va á ver á su mujer, ésta, como buena esposa, regrese á San Sebastián para abrazarle.

PÍO (Aparte.) ¡Cuerno con la niña!

MAR. (Saliendo.) Ya está. (Vase.)

ELENA De modo que hágame usted el favor de enviar un recado á ese caballero para que su esposa, que lo aguarda, pueda darle un abrazo.

PÍO ¿Y yo presente?

ELENA Si quiere usted dejarnos solos... mejor.

PÍO ¡Narices! (Aparte á Misericordia.) Señora, claramente ha metido usted el remo, y se lo digo así, porque estamos en puerto de mar.

MISER. (Aparte á Pío.) El que ha armado todo el lío ha sido usted.

PÍO (Aparte á Misericordia.) Ya le dije que no quería que él la viese.

MISER. (Aparte á Pío.) ¿Y qué voy á hacer con una mujer casada que invoca su libertad?

PÍO (Aparte á Misericordia.) ¿Su libertad? Pues encerrarla.

ELENA ¿Pero, qué misterios son esos? ¿Una esposa no puede ver á su marido?

PÍO — Sí, sí, pero... el caso es que ya no está aquí, se ha marchado.

ELENA — ¿Que se ha marchado? ¿A dónde?

PÍO — A la... á la... á Cádiz. (Pensando mentalmente el mapa de España.)

ELENA — ¡Mamá! (Misericordia está sentada con mucha calma, dando muestras de que comprende que Pío está mintiendo.)

MISER. — ¿Qué quieres, hija?

ELENA — ¿A qué hora sale el tren para Cádiz?

MISER. — Yo qué sé, porque me vais á volver loca todos. Yo no me muevo ya de aquí.

ELENA — Está bien: ahora mismo arreglo el equipaje, y como soy una señora, esta tarde salgo para unirme con mi esposo.

PÍO — (Aparte.) Malo, ma o; no hay más recurso que la tragedia; lo mato. (Alto á Elena.) Elena, yo bien quisiera que usted pudiera marcharse, pero ..

ELENA — ¿Pero qué?

PÍO — Pero... desgraciamente... su marcha... es inútil.

ELENA — ¿Inútil? ¿Por qué?

PÍO — Porque... César San Martín...

ELENA — Sí, mi marido.

PÍO — Se ha disparado un tiro en la sien derecha.

ELENA — ¡Ay!

MISER. — (Aparte á Pío.) ¿De modo que no cayó del aeroplano ayer por la tarde?

PÍO — (Aparte á Misericordia.) No, señora.

ELENA — (Que sollozando se ha quedado un momento pensativa.) Don Pío, eso no puede ser; César no se ha matado.

PÍO — Ahora mismo se va usted á convencer. (Saca el papelito que entrega á Elena; ella lo lee con agitación.)

ELENA — (Sollozando.) Se ha matado, se ha matado. ¡Pobre César! No cabe duda; es su firma.

PÍO — ¿Cómo? ¿Su firma? ¿Pero usted conoce á César San Martín?

ELENA — (Llorosa.) Ya lo creo que le conozco. Era el único novio que he tenido. (Misericordia pega un salto. Pío consternado.)

PÍO — ¡Su novio!

MISER. — ¿Quién? ¿El tipo que nos siguió hasta aquí? ¿Ese es César?

ELENA El mismo.

PÍO Aquí estamos todos locos. Señora, ¿por qué al notificarle cuál era su yerno provisional, no me avisó usted?

MISER. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, sólo le conocía de vista. Si usted me lo hubiese enseñado, ¡qué se va á verificar el asunto! ¡Y encima me los ha casado! ¡Ha sido usted un tonto!

PÍO Hable en plural.

MISER. Alto ahí, yo no me he dado cuenta de nada hasta ahora. Salimos de San Sebastián y ésta lloraba como una Magdalena. En Miranda sube al vagón la señora... esa que se escapó con el aragonés; cuchichea un rato con mi hija, y de repente, esta criatura dice que no continúa á Madrid, sino que regresa aquí.

PÍO ¿Por qué?

ELENA Porque esa señora me confesó que César no me había traicionado como yo creía.

MISER. Yo, queriéndola calmar, saco los papeles que usted me dió y le explico lo que se quería hacer, y en cuanto ve el nombre del que iba á ser su marido, quiere que dejemos el correo y que aguardemos al exprés para llegar antes á Madrid.

PÍO ¿De modo que usted y yo hemos hecho el beduíno frente á frente?

MISER. Como los matrimonios, que después de cenar se juegan los años al tute habanero.

ELENA Pero, vamos á ver, don Pío; usted me ha engañado.

PÍO ¿Yo?

ELENA Sí, usted. Ese papel que me ha mostrado, debía tenerlo el juez, pero usted, á santo de qué?

PÍO Pues, hombre, por la... por el... porque me lo dió en el momento que levantaba el cadáver.

ELENA ¿Por qué?

PÍO ¡No ve usted que tenía las manos ocupadas! Pero se lo tengo que devolver.

ELENA ¿Luego usted le vió muerto?

PÍO Como la estoy viendo á usted ahora.

ELENA ¿Estaría horrible desfigurado?

PÍO — No lo crea usted. Tan sonriente como aquel que al darse el tiro sabe que le van á retratar para ponerle en los periódicos.

ELENA — E-to es horrible. ¡Ay, madre, sin verle!...

MISER. — Esta ya se cree viuda, pero como yo le eche la vista encima á ese sinvergüenza, lo va á ser de veras.

ELENA — ¡Ay, yo estoy muy mala!

MISER. — Echate un rato.

PÍO — (Recogiendo prontamente la idea.) Sí, es lo mejor; acuéstese usted, pero del todo, y no salga de la habitación en tres ó cuatro días, no vayan á contarle á usted detalles... del suicidio.

ELENA — (Vase sollozando.) ¡Ay, pobre César!

MISER. — (Recogiendo los bártulos.) A esa tonta se la da usted, pero á mí, tararira.

PÍO — ¿Qué?

MISER. — Que el poco pelo que se me ve, lo tengo en su sitio por mis propios méritos, y que no ha nacido quien me lo manosee. (Entra en el número 5.)

ESCENA III

PÍO solo. Luego CÉSAR por el foro

PÍO — Lo importante es evitar que se vean, y el jueves pasaportarle para el otro mundo.

CÉSAR — (Saliendo. Al ver á don Pío se asombra, éste también; los dos al verse se guarecen detras de un mueble.) ¡Don Pío! (Si traigo el revólver le asusto.)

PÍO — ¡Zumárraga! (Me pilla desarmado.)

CESAR — Levante usted las manos ó le dejo seco.

PÍO — Guarde usted su arma ó le finiquito.

CÉSAR — Arriba los brazos.

PÍO — Usted también. (Los dos lo hacen.)

CÉSAR — Así los dos.

PÍO — Me debe usted su vida.

CÉSAR — Con treinta mil duros que tengo, y la mujer que adoro, no me mato voluntariamente; de modo que, ó me devuelve usted el papelito mediante la cantidad que indique, o renuncie usted á su vida.

PÍO Usted ha hecho conmigo un trato.
CÉSAR Leonino.
PÍO A mí no me ponga usted motes.
CÉSAR Abusó de mi situación.
PÍO Y usted de mi bolsillo.
CÉSAR Por eso pagaré con creces.
PÍO Yo desprecio el dinero, desprecie usted su vida.
CÉSAR (Chillando.) ¡Naranjas!
PÍO No hable usted alto, que está enfermo don Anselmo. (Señalando el número 5.)
CÉSAR ¿Le han trasladado aquí?
PÍO Sí; está dando las boqueadas.
CÉSAR Voy á pasar á verle.
PÍO No.
CÉSAR ¿Cómo que no?
PÍO Porque es enfermedad infecciosa y se puede contagiar.
CÉSAR ¡Demonio, á ver si la entrego yo ahora! (Se retira.)
PÍO (¡Respiro!) ¿Conque conocía usted á Elena?
CÉSAR Por favor, don Pío. La casualidad, sólo la casualidad me ha unido á la mujer que adoro.
PÍO La misma que yo quiero.
CÉSAR Usted es muy viejo para ella.
PÍO Eso á usted no le importa, si acaso á ella.
CÉSAR Por Dios, perdóneme usted la vida. Yo por ella no vivo. (Se arrodilla.)
PÍO Eso es lo que yo quiero, que no viva usted por ella. Mátese usted. ¡Por la Virgen! (Se arrodilla tambien.) ¡Se lo pido por todos los santos!
CÉSAR ¿Es decir que no atiende usted á razones?
PÍO Ni usted tampoco.
CÉSAR Basta. Yo soy su legítimo esposo. «Sila puso precio á la cabeza de Sertorio, y éste fué asesinado por Perpenna.»
PÍO Vamos á ser Perpennas los dos. Homicidio mutuo. (Levantándose.)
CÉSAR En cuanto lo vuelva á ver, lo dejo seco... (Idem.)
PÍO En cuanto lo encuentre solo le despeno y le pongo el papelito.

(Vanse retirando á sus cuartos de espaldas los dos; al entrar cierran rápidamente.)

ESCENA IV

DON ANSELMO. En seguida CÉSAR con un revólver, de su cuarto

ANS. La mañana está hermosa, iré á la playa á solearme y echar fuera el catarrito.
(Al ir á marcharse sale César precipitadamente.)

CÉSAR ¿Dónde está?

ANS. ¡Ay, César, amigo mío! (Con dulzura.)

CÉSAR (Retirándose de él.) Don Anselmo, ¿pero no estaba usted tan malo?

ANS. Mejorado por completo. Solamente me ha quedado un hipo.

CÉSAR (Sin hacerle caso y mirando escamado.) Me alegro.

ANS. Pero venga usted acá, hombre de la suerte. Deme usted un abrazo. (Va hacia él.)

CÉSAR (Retirándose.) (Sí, para que me infecciones.)

ANS. Vamos, siéntese.

CÉSAR Me dejó usted en la terraza del Casino medio beodo...

ANS. Certifico de ello.

CÉSAR Viendo mi porvenir completamente negro, decidí quitarme la existencia y me dirigí el cañón de un revólver.

ANS. ¡Caramba!

CÉSAR Un brazo detiene el mío, era el del señor Picort, el cual me propone que cambie de instrumento mortífero, recibiendo por ello cinco mil pesetas.

ANS. ¡Eso parece una novela!

CÉSAR En varias entregas. Porque hay más dinero. Don Pío me propone también que horas antes de la ascensión me case por poderes con la mujer que él ama.

ANS. ¿Y por qué le casa á usted con la mujer que él ama por poder?

CÉSAR Porque... él no puede. Como me da lo mismo todo, acepto, y recibo en recompensa mil duros.

ANS. ¡Y con ese dinero desbanca usted en el Casino!..

CÉSAR Eso, juego y gano. Pero ayer en la boda, calcule usted mi sorpresa cuando el sacerdote me pregunta si quiero por esposa á la señorita Elena Tordesillas de Caravantes.

ANS. (En el colmo del asombro.) ¡Caracoles!

CÉSAR Mi estupefacción fué como la de usted

ANS. ¿Y qué dijo?

CÉSAR Nada, me quedé mudo. Don Pío, creyendo que me volvía atrás, me pellizcaba bárbaramente en este brazo, que luego le enseñaré á usted los cardenales. El cura, sospechando que no le hacía caaso... don Pío pellizcando, y yo sin apercibirme ya ni del cura, ni de los cardenales. Pero reflexioné rápidamente que mi venganza contra ellos la tenía en mi boca, y con voz Titarufesca dije: «Sí, acepto.»

ANS. Pues, amigo César, está usted de enhorabuena, aclamado, rico y casado con Elenita.

CÉSAR ¡Ay, don Anselmo; aún queda el rabo por desollar!

ANS. No le comprendo.

CÉSAR Si el jueves no he fallecido de mi *motu propio*, don Pío tiene derecho á darme un pasaporte, en la clase que quiera, para el otro barrio.

ANS. ¡Caramba, me pone en cuidado!

CÉSAR Más lo estoy yo. He firmado un papel que él tiene en su poder y dice: «Señor Juez, no se culpe á nadie de mi muerte. César San Martín.»

ANS. ¡Desgraciado!

CÉSAR Y tanto.

ANS. ¿Y él no sabía que tenía usted relaciones con Elena?

CÉSAR Creo que no.

ANS. Pero la madre, ¿qué ha dicho de esta boda? Porque la madre no le podía ver á usted ni .. en automóvil, que es donde más gusta saludar á algún conocido.

CÉSAR No sé; únicamente me explico su aquiescencia porque creo que ignora mi nombre.

ANS. Esto sí que es una película. Y de Elena, ¿qué sabe usted?

CÉSAR Ayer tarde, después de mi triunfo en el biplano, recibí este telegrama.

ANS. (Leyendo.) «Regreso á S. S. para abrazar á S. M. Elena.» (Descifrando el telegrama.) Para S. S., San Sebastián; para abrazar á S. M., para abrazar *á Su Majestad.*

CÉSAR — No, hombre; *á Su Marido* ó *á San Martín*. De modo que la estoy esperando para despedirme de ella. (Llorando.)

ANS. — ¿Pero no se podía arreglar con don Pío?

CÉSAR — He intentado comprarle el papel maldito. Dice que Elena es suya ó de nadie.

ANS. — (Como una idea) Huya de aquí.

CÉSAR — Me perseguirá, y... además, que espero á mi mujer...

ANS. — Mátele usted.

CÉSAR — Por ahí concluiré, pero no resuelvo nada. El jueves... ¡pum! (En este momento sale Pío, y al oir el «pum» se asusta y huye lo mismo que César al verle á él.)

PÍO, CÉSAR — (Saliendo.) ¡Ay! (Mutis los dos.)

ANS. — ¿Qué pasa?

CÉSAR — (Asomándose.) ¿Se ha marchado ya?

ANS. — Pero si no hay nadie.

CÉSAR — Ese hombre me persigue.

ANS. — ¿Conque decía usted que el jueves?... ¡Pum!

CÉSAR — ¡Arriba las manos! (Muy asustado, le amenaza con el revólver.)

ANS. — Vamos, está usted muy nervioso y me ha asustado á mí también. Hoy es martes; le quedan cuarenta y ocho horas.

CÉSAR — ¡Que van á parecerme un siglo! (Se pone á rascer el brazo derecho y se quita una manga de la americana, levantando la de la camisa para que don Anselmo le vea los cardenales.)

ANS. — ¿Pero usted le cree capaz?...

CÉSAR — *Capacísimo*. Vea usted lo que el muy bárbaro me hizo en la iglesia. ¡Se cebó en mis carnes!

ANS. — ¡Qué bruto, podía haber pellizcado en diferentes sitios. (Mirando el brazo.)

CÉSAR — No, señor; insistió en el mismo punto.

ANS. — (Reparando en el brazo. Gritando.) ¡Eh!

CÉSAR — ¡Arriba las manos!

ANS. — (Pausa. Le mira.) Joven, guarde, no baje esa manga (César se extraña.) ¿Eso es una letra?

CÉSAR — (Sin darle importancia.) Sí, una S.

ANS. — (Con ansiedad.) ¿Y tiene usted en el brazo derecho?...

CÉSAR — ¿Otra S? No; es una A.

ANS. — (Gritando.) A. S., A. S.

CÉSAR Sí, señor; parece que avisa usted á la policía.
ANS. (Emocionado.) ¿Hace mucho que tiene esas iniciales?
CÉSAR Siempre me las he conocido.
ANS. (Se desvanece.) ¡Ay!
CÉSAR ¿Le da el hipo? ¿Se pone malo?
ANS. ¿Tú te criaste con una tal Flora?
CÉSAR Sí. Flora Martínez, mi madre.
ANS. (Le da el hipo.) ¿Era vizca...? Hip.
CÉSAR No.
ANS. ¿Vizcaína?
CÉSAR Sí.
ANS. ¿Murió?
CÉSAR Cuando tenía yo cinco años.
ANS. Basta. Tú eres mi hijo.
CÉSAR (Retrocediendo.) Usted está loco.
ANS. (Abrazándole.) ¡Loco de alegría! Llevas esa A. y esa S. porque son mis iniciales. Anselmo Sánchez.
CÉSAR Anda, y yo creí que eran de un antojo de mi madre.
ANS. Fué un antojo mío, te las mandé poner de señal al separarme de ti para poder decir siempre A. S., A. S. es al que busco. ¡Hijo mío!
CÉSAR ¡Padre! (Se abrazan.)
ANS. ¡Hijo! (Acordándose de pronto.) Pero, oye, *niño*, tú debías llamarte Cesáreo Sánchez Martínez. ¿Por qué te cambiaste el nombre?
CÉSAR Porque Cesáreo es feo, Sánchez ridículo y Martínez muy vulgar, y me suprimí esas letras.
ANS. (Entusiasmado.) ¡Hijo!
CÉSAR ¡Padre! (Se vuelven á abrazar.) ¡Caray, lo que ha tardado usted en encontrarme!
ANS. ¡Desde Caracas vengo por ti!
CÉSAR ¿Caracas? Pues si llega usted pasado mañana, ha perdido el viaje.
ANS. ¡Es verdad! (Preocupado.) ¡Hijo de mi alma!... (Abrazándole otra vez.) Voy á ser padre tuyo por cuarenta y ocho horas.
CÉSAR (Compungido.) ¡Poca guerra le he dado á usted en este mundo!
ANS. ¡Poca ha sido! ¡Y pensar que el jueves nos vamos!...
CÉSAR ¿A Caracas?

ANS. Al camposanto; porque yo me voy detrás de ti. (Llorando.)

CÉSAR ¡Irme al otro mundo sin disfrutar de mi padre!.. (Llorando desgarradoramente.)

ANS. Tengamos un poco de sangre fría. Lo que hay que procurar es que don Pío no te vea solo.

CÉSAR (Furioso.) ¡A don Pío lo mato!

ANS. Y á ti te prenden, y te pierdo.

CÉSAR (Como una idea.) ¡Mátele usted!

ANS. ¡Entonces, me pierdes tú á mí! (Se vuelven á abrazar, llorando.)

ESCENA V

CÉSAR, DON ANSELMO y CARDÍN que entra por el foro

CARDÍN Buenos días.

LOS DOS ¡Ay! ¡Arriba las manos! (Asustándose mucho.)

CÉSAR Es el fondista. (Tranquilizándose.)

ANS. Hotelero. Necesito que vaya usted á la Alcaldía á hacer constar el cambio de apellidos.

CARDÍN ¿Qué cambio?

ANS. (Orgulloso.) Este joven es mi hijo.

CÉSAR Padre, ¿á qué publicar estos asuntos de familia?

ANS. Quiero que sepa todo el mundo, que no te llamas San Martín. Que soy tu padre.

CARDÍN (¡Anda su padre!) Bien, bien.

ANS. Tú firma en el libro del registro, no te equivoques: pones el Sánchez y el Martínez muy claro que parezca de imprenta.

CARDÍN Tome usted el registro del hotel. (Vase César á su cuarto con el libro.)

ANS. Traslade usted mi cama á su gabinete. (Por el de César.)

CARDÍN Es muy pequeño, y no va á caber otra cama.

ANS. La pone usted junto á la suya. Un padre debe velar por su hijo, aunque esté estrecho.

CARDÍN (Les ha entrado de repente el cariño.)

ANS. Yo voy al Notario: le dice usted á mi hijo,

que no salga, que vuelvo en seguida. (Vase, echando besos hacia donde se marchó César.)

CARDÍN Pues, señor; llevamos unos días, que esto no es casa, parece un manicomio. (Entra en el cuarto de César.)

ESCENA VI

MISERICORDIA y á poco CARDÍN

MISER. (Saliendo del 3 y cerrando la puerta.) ¡No sé cómo está tan loca por ese hombre! Un fresco sin oficio ni beneficio.

CARDÍN (Saliendo del 6 con el libro del registro.) Doña Misericordia; ya sabía por mi mujer que habían regresado ustedes.

MISER. ¿Quién vive ahora en esa habitación? (Señalando á la del 6.)

CARDÍN El mismo.

MISER. ¿El del escándalo? Yo creía que le habían ustedes echado de la casa, después de aquellas tremolinas.

CARDÍN ¿Cómo voy á echar á un hombre que paga tan divinamente, á un muchacho tan rico...?

MISER. ¡Rico ese tipo.!

CARDÍN Riquísimo.

MISER. Cardín, no abuse usted del alcohol que trastorna.

CARDÍN Sí, señora; ha ganado hace unas noches muchos miles de duros.

MISER. Le ha engañado á usted.

CARDÍN Yo le acompañé al Banco á depositar la mayor parte, y por si era poco, su padre, don Anselmo, también tiene un pico.

MISER. ¿Cómo? ¿Don Anselmo es el padre de César San Martín?

CARDÍN No señora; ya no se llama así: ahora es (Leyendo en el libro.) don Cesáreo Sánchez Martínez.

MISER. ¡Anda, morena! ¿Está usted seguro?

CARDÍN ¡Ya lo creo!

MISER. ¡Me deja usted tonta!

CARDÍN Pues así la dejo, porque tengo que pasar la cama del padre con la del hijo. Bien venidas. (Vase foro 2 B.)

MISER. (Estupefacta.) ¡En mi vida he visto cosas más raras que éstas que ocurren en las playas veraniegas! De manera que ese granuja, digo... ese pobre muchacho, no es pobre. ¡Ay hija mía, qué alegría te voy á dar! (Entra rápidamente en su cuarto.)

ESCENA VII

MARICHU y DON PÍO, en su habitación. Suena un timbre y sale Marichu, se dirige al 3 y llama con los nudillos

MAR. ¿Qué desea el señor?
PÍO (Desde dentro con temor y sin abrir.) ¿Estás sola?
MAR. Sí. ¿Paso?
PÍO No: da un paseo por ahí.
MAR. (Extrañada.) ¿Cómo?
PÍO (Sacando la cabeza.) Que pasees.
MAR. (Esto lo dice mientras va de un lado á otro de la escena.) ¡Qué raro; me manda á paseo! (Volviendo.) Ya está el señor servido.
PÍO Muy bien: acércate. (Ella se arrima á la puerta.) Mete un pie por esta rendija. (Abre un poco la puerta: ella mete el pie y figura que Pío le quita la zapatilla.)
MAR. ¡Ay, vamos, señorito, qué bromas!
PÍO Me está bien. Toma ese duro. (Ella se lo guarda.)
MAR. Gracias. Deme usted mi zapatilla. (Con la pierna en el aire.)
PÍO Toma otro duro, y mete el otro pié. (Sacando otro duro. Ella obedece.)
MAR. ¡Qué lástima no tener cuatro! (Esperándose.)
PÍO Ahora, no metas la pata. Vete, pero no digas nada de esto á nadie.
MAR. (Con gran interés y asombrada de lo ocurrido.) ¿Son para la playa?
PÍO Sí, para la playa.
MAR. ¿Quiere más, el señor?
PÍO Que te vayas. (Cerrando.)
MAR. (Marchándose.) ¡Qué rumboso! (Viendo el dinero.)
PÍO De este modo puedo sorprenderle sin que me sienta llegar. Ya es mío. (Muy contento cierra.)

ESCENA VIII

CÉSAR de su cuarto; á poco ELENA y luego MISERICORDIA

CÉSAR Todo principia á sonreirme, menos lo que se relaciona con ese don Pío que Dios confunda. ¿Calle y don Ansel...? (Se detiene.) Don Anselmo iba á decir. La falta de costumbre. ¡Mi padre! ¿Dónde estará mi padre? Me ha dejado solo. (Elena sale de su cuarto y al ver á César se va á él sigilosamente y le abraza por la espalda dándole un susto morrocotudo.) ¡Por Dios! ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir!

ELENA ¿Conmigo?

CÉSAR (Asombrado.) ¡Elena! ¿Tú?

ELENA Sí; tu esposa. ¿No me das un abrazo?

CÉSAR No. (Huyendo) (¡No vaya á disparar por la cerradura y mate á este ser inocente! (Se pone de espaldas á la puerta de Pío, pero vuelve constantemente la cabeza.)

ELENA ¿Qué te pasa? ¿Temes á alguien?

CÉSAR Sí... sí... á... (Mirando á todos lados.)

ELENA ¿A mi madre?

CÉSAR Eso; á tu madre... (¡Para qué asustarla!)

ELENA Mi madre te quiere como á mí.

CÉSAR (Escamado.) (¡A la hora de la muerte, se ven cosas raras!)

ELENA Te quiere tanto, como antes no te podía ver.

CÉSAR (Va á echarse en sus brazos pero se acuerda de don Pío.) Yo también.

ELENA Comprende que en tus brazos seré feliz. (Con mimo.) Pero ¿no te acercas?

CÉSAR No estoy acostumbrado á mirarnos como marido y mujer. Nuestro casamiento ha sido de *matute*.

ELENA ¿De matute? Pero ya es hora de darnos cuenta de que tú eres mío y yo tuya.

CÉSAR (Muy frío.) Sí, Elena; eres mía, mía.

ELENA (Con los brazos abiertos.) Pues estoy esperando que me lo demuestres. (Dan la vuelta los dos con los brazos abiertos.)

CÉSAR (¡San Antonio bendito! Tus tentaciones no fueron como éstas. Aquí te quería yo, para ver si te dabas pisto.) (Sale doña Misericordia que

ve la escena y como está detrás de César hace una seña de inteligencia con su hija.) ¿Que si no te doy un abrazo? Sí; ahora que estamos solos. (Decidido ya á todo.)

ELENA Somos marido y mujer. Estaremos siempre juntos. Ya no podrá separarnos nada. (Abriendo los brazos.)

CÉSAR Eso, nada. (Abriendo los brazos.)

MISER. (Empujándole a los brazos de su hija.) Nada más que la muerte.

CÉSAR (Asustadísimo.) ¡Ay! (Menudo susto me ha dado.)

ELENA (Le coge.) ¡Ya eres mío! ¡Ya no te suelto!

MISER. Ya sé que ese antipático hombre desea que mi hija sea viuda; pero no cuenta conmigo.

CÉSAR Gracias, señora; pero, ahora la voy á dejar á usted fea.

ELENA Ya puedo darte un abrazo; puedo hacer todo cuanto quiera á mi marido.

CÉSAR (Señala á la madre.) Todo, no, Elena.

MISER. Todo, si; y yo tambien puedo abrazarte, hijo mío; déjamele, hija.

CÉSAR Las dos á un tiempo. Cada una á un lado. Usted, á éste, al lado del corazón. (Se pone él enmedio.) Así. (Así, si dispara, que se lo lleve mi suegra.)

ELENA Si, me quiero mirar en tus ojos, como ahora, ¿quién podrá evitarlo?

MISER. Nadie. (Cogiéndole la cabeza para que Elena cumpla su deseo.)

ESCENA IX

DICHOS, DON PIO, que sale de su cuarto

PÍO ¡Si estuviera solo!... (Viendo el cuadro.) ¡Recisco! ¡Sinvergüenzas! ¡Arriba las manos!

MISER. ¿Y á usted qué le importa? ¡Deje usted que se abracen!

CÉSAR (Saca el revólver.) ¡Como se mueva le tumbo!

PÍO Está armado. La va á defender como un león.

CÉSAR (A Elena y Misericordia.) ¡Me va á matar!

MISER. ¿Matar á César? ¡No sea usted *Bruto!*

ELENA Oiga usted. (Yendo hacia él.)

CÉSAR Ven, Elena. (Poniéndola detrás de él.)
ELENA Calla: don Pío, nos ha engañado usted á todos.
PÍO Todos me han engañado á mí. Han faltado ustedes á su palabra.
CÉSAR No he tenido la culpa.
ELENA (Disculpándole.) El hombre es fuego...
CÉSAR La mujer estopa. (Idem.)
MISER. Viene el diablo y sopla. (Idem.)
PÍO Usted me dijo...
MISER. No me mezcle usted en este asunto: estoy arrepentida.
PÍO ¿Arrepentida?.. A usted le parecería de perlas mi pensamiento.
MISER. Porque las madres, por exceso de cariño á las hijas, nos volvemos muy interesadas. Hijo; trae ese revólver, que á este tío le despeno yo. (Con mucha calma.)
PÍO (Huyendo.) ¡Señora, por Dios! (Al ir á marcharse tropieza con don Anselmo.)

ESCENA X

DICHOS y DON ANSELMO por el foro A que llega con un MUCHACHO con papeles, y él un libro bajo el brazo

ANS. (Jadeante.) ¡Hijo, hijo!
CÉSAR ¿Qué quiere usted padre?
ANS. Firma este escrito, inmediatamente.
CÉSAR ¿Corre prisa?
ANS. Sí. Firma, hijo mío. Cesáreo Sánchez. Acuérdate. (Mientras firma César, don Pío pregunta muy extrañado á doña Misericordia.)
PÍO ¿Qué es eso de padre y de hijo?
MISER. Pues, más claro, verderones; que han resultado padre é hijo.
PÍO ¿Adoptivo?
MISER. De carne y hueso.
ANS. (Al muchacho, entregándole lo firmado por César.) Toma, dáselo al señor Juez. (A don Pío enseñándole el libro por una señal.) Vea usted el Código civil.
PÍO ¿Qué es esto?
ANS. Que Cesáreo, con arreglo al artículo 133

y 131 del mismo, es reconocido por mí como hijo único.

MISER. (Contentísima.) ¡Su único hijo!

PÍO ¿Y qué me cuenta usted con eso?

ANS. Que como mi hijo ya se llama de apellido Sánchez, no es posible desde *este momento* (Marcándolo mucho.) y *mucho menos el jueves que viene, conocerle por San Martín.* (Dirigiéndose á don Pío, pero lo oyen todos.) Puede usted, por tanto, hacer el uso que quiera del papelito.

PÍO (Que queda consternado.) Ya sé el uso que tengo que hacer de él. (Rompiéndole.)

ANS. ¡Hijo! ¡Hija de mi alma!

ELENA ¡Qué bueno es usted, don Anselmo!

ANS. Padre, llamarme padre todos; ¿qué os parece la idea?

MISER. (Queriéndole abrazar.) De padre y muy señor mío. (Don Pío que está sentado, preocupadísimo, sin hacerle nadie caso, suspira.)

ESCENA XI

DICHOS y SEVERO FLORITZ, desesperado, pero algo menos vendado que en acto anterior

SEV. Sonno dishonorato... ¡Qué vergogña! Me han votado dil Casino é perdí hace días á la donna.

MISER. Pues sí que ha hecho usted las diez de última este veranito.

ESCENA XII

DICHOS y CARDÍN, entrando foro A

CARDÍN Cuando los señores gusten, puede servirse el almuerzo.

ANS. A la mesa. Hoy pago el Champagne. (A Misericordia. César y Elena se cogen del brazo.)

PÍO Floritz.

SEV. ¡Mio caro! ¿Andiamo?

PÍO Andamio.

SEV. Les dueli con pani sonno meni. Tuto per le garbanzi.

Pío — Tuto per le vile macarroni.
Sev. — ¡Ecco!
Pío — ¡Ecco! (Dirigiéndose al público.)
Ahora un encarguito; y es
que no seais inhumanos.
No hagais uso de los pies.
(Saca el revólver y apunta.)
Público, ¡arriba las manos!

FIN

Obras de Manuel Caba

Estrenadas en Madrid

Teatro de Apolo:

Camino del paraíso, (no gustó); zarzuela cómica en un acto, original. (1)
El payaso, zarzuela cómica en un acto, original. (1)
Cosas de Apolo, revista cómico-lírica en un acto, original. (1)
Los panaderos, apropósito cómico-lírico en un acto, original (2)

Teatro de Novedades:

La hoquera, zarzuela cómica en un acto, original. (1)

Teatro Cómico:

Las mantecadas, juguete cómico en un acto, original. (3)

Teatro Moderno:

La visión de los festejos, apropósito cómico-lírico en un acto, original. (4)

Teatros Romea, Latina y Benavente:

Figuritas del santo, revista madrileña cómico-lírica en un acto, original. (3)
Varios tipos en uno, juguete cómico-lírico en un acto, original.
Toreros y pelotaris, apropósito cómico-lírico en un acto, original. (2)
La bailarina del Fausto, apropósito en verso, original. (9)
Las nubes pardas, juguete cómico-lírico. (9)
Perfecto Caballero, juguete cómico-lírico, original, en verso y y prosa. (9)

En Barcelona

Teatro Eldorado:

El arte lírico, sátira teatral cómico-lírica en un acto, original.

Teatro Cómico:

La estrella del Moulin Rouge, vaudeville en un acto. (8)

En Buenos Aires

Teatro de la Comedia:

Las maravillas del arte, apropósito cómico-lírico transformista, original. (5)
El de arriba ó León 13, (Las mantecadas).
Las señoritas toreras, apropósito cómico-lírico en un acto, original.
Cosas de la Comedia, revista cómico-lírica en un acto, original.
Un viaje á la exposición, zarzuela de espectáculo en un acto, original.
Los padres descalzos, zarzuela en un acto, arreglo de los *Mosqueteros en el convento*.
Almanaque ilustrado, revista cómico-lírica en un acto, original (6)

Teatro de Mayo:

La eléctrica, parodia lírica de la popular *Electra*, original.
La paz de la aldea, zarzuela cómica en un acto, original.

Teatro Victoria:

El pillete de Madrid, melodrama de espectáculo en cinco actos. Arreglo de la comedia en dos actos *El pilluelo de París*. (7)

---

(1) En colaboración con los Sres. Prieto y Díaz
(2) Idem con D. Pedro Díaz.
(3) Idem con los Sres. Díaz y Alenza.
(4) Idem con D. Tomás R. Alenza.
(5) Idem con D. Julio Ruiz.
(6) Idem con D. Joaquín Montero.
(7) Idem con D. Angel María Segovia.
(8) Idem con los Sres. Reparaz y Pascual Frutos.
(9) Idem con D. Antonio F. Cuevas.

Obras literarias de José Alba

El Maestre de Alcántara. (Leyenda en verso.)

Extremadura en la Guerra de la Independencia. (Agotada.)

Julián Sánchez (a) El Charro. (Guerrillero salmantino.)

Los extremeños en las Cortes de Cádiz. (Estudio histórico.)

Estudio de la Cuenca media del Guadiana. (Trabajo militar.)

3 0112 117463494

Precio: DOS pesetas